

NUESTRA INFANTERIA DE MARINA



PARTE DE SU HISTORIA EN LOS ULTIMOS 50 AÑOS

1935 - 1986

**MANUEL MORENO MORALES
CC. IM. (R), LEGIONARIO IM**

HE RETROCEDIDO EN EL TIEMPO,
LO MAS LEJOS QUE HE PODIDO,
RECOGIENDO MIS RECUERDOS A LO
LARGO Y A LO ANCHO DEL CAMINO
EVITANDO QUE SE PIERDAN EN LA
NOCHE DEL OLVIDO

En los comienzos del año 1935 nuestro Cuerpo de Infantería de Marina estaba organizado de la siguiente manera:

- Su nombre eran “Cuerpo de Artillería de Costa”.
- Tenía una Jefatura Superior que se llamaba “Inspección del Cuerpo de Artillería de Costa”, y en ese entonces, nuestro Jefe Superior era el Capitán de Navío don Paulino Rojas Mc Naughton, con asiento en Valparaíso.
- El cuerpo contaba con 2 unidades básicas:
 - Regimiento “Valparaíso”
 - Regimiento “Talcahuano”

REGIMIENTO “VALPARAISO”



Estaba compuesto por 2 Grupos, a saber:

- 1.- El Grupo “Viña del Mar”
- 2.- El Grupo “Playa Ancha”

1. El Grupo “Viña del Mar” tenía su jefatura en el Fuerte Vergara, y estaba compuesto por las siguientes baterías:

a) La Batería Vergara, compuesta de 2 cañones de 280 mm L/40 “Krupp”



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

b) La Batería “Sotomayor”, de 4 cañones “Armstrong” de 152 mm L/40



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

- c) La Batería “Sargento Aldea”, con 2 cañones “Armstrong” de 152 mm L/40; instalada en el Fuerte Papudo, en lo alto de la curva de Los Mayos.
- d) En ese tiempo se estaba instalando una Batería de 152 mm L/50 en el puerto de Quintero.

Quisiera contar que allá por Enero de 1949, me tocó formar parte, como armero, de una partida de hombres que al mando del Teniente Sr. Raúl Valenzuela Pérez, nos trasladamos a Quinteros con la tarea de desmontar para siempre la mencionada batería.

2. El Grupo “Playa Ancha” contaba con las siguientes Baterías:



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

- a) Una Batería “Krupp” de 280 L/40 (dos cañones). El cañón I estaba instalado en el Fuerte Valdivia y el Cañón II en el Fuerte Yervas Buenas. Los cañones, a pesar de estar separados unos 300 metros, disparaban como batería, haciendo la correspondiente corrección de desplazamiento.

- b) En el Fuerte Valdivia, además estaba instalada la Batería “Bari”, con 2 cañones “Armstrong” de 152 mm L/50
- c) Inmediatamente al sur del Balneario Las Torpederas estaba la Batería Rancagua, compuesta de 2 cañones de 152mm L/50.

Ambos Grupos, el Viña del Mar y el Playa Ancha, carecían de una buena edificación, tanto para oficinas como para albergar a su personal. Eran Edificios de un piso, muy viejos, daba la impresión que era una “ranchería”. Las edificaciones del Grupo Playa Ancha, en el Fuerte Valdivia, eran ruinosas. Allí se había albergado, o si se quiere, funcionado, la Escuela de Mecánicos, ya desaparecida en ese entonces, y nosotros habíamos heredado sus viejas construcciones. Esta Escuela era de una categoría intermedia entre la Escuela Naval y la Escuela de Grumetes. Los alumnos usaban un uniforme parecido al del Cadete Naval y sus egresados nunca fueron “chompas”, pues salían al servicio con el grado de Sargento Segundo.

II. REGIMIENTO TALCAHUANO

Esta unidad militar tenía más armamento de “Artillería de Costa” y una mayor dotación de personal. Comandaba el Regimiento el Capitán de Fragata Sr. Arturo Fuller Riveros. Era este jefe lo que el personal llama “harto comandante”. Era muy querido por el personal y él sabía arreglárselas para que esto fuera sí. Yo, personalmente, creo que era un tanto “populachero”. Al parecer era más estricto con los oficiales que con el personal.

Nuestro 2º Comandante era un hombre de más edad, se llamaba Francisco Pizarro Muñoz. No era un oficial salido de la Escuela Naval, ni de la Escuela de Ingenieros (de ésta última hemos tenido excelentes oficiales y jefes). El Capitán Pizarro venía del escalafón de Pilotos, rama en extinción en aquella época. Era el polo opuesto de nuestro Comandante, Un hombre terrible, nadie quería estar nunca cerca de él, vivía pasando castigado al personal.

Nuestro Capitán vivía con su familia en Caleta “Los Placeres” y todas las mañanas hacía su entrada al cuartel por un sendero que desembocaba en la parte norte de la cancha de fútbol, al galope, como un emperador romano, en su caballo favorito, el “Pie de Plata”, un hermoso animal de color castaño, o en la “Muñeca”, una yegua muy fina y no menos hermosa que el “Pie de Plata”. Allí eran los apuros de la guardia, desde el concripto de debía sujetarle el caballo mientras desmontaba y no de una forma cualquiera, sino que del lado opuesto, con la mano derecha en

la carrillera de las bridas y la izquierda en el asión del estribo, hasta el Oficial de Guardia que debía darle cuenta y que siempre era un Suboficial o un Sargento 1º.

Oficiales del Regimiento “Talcahuano”, entre otros:

- Teniente 1º Nicasio Guerrero González
- Teniente 1º Arturo Velásquez Gutiérrez
- Teniente 1º Miguel Miranda Bórquez
- Teniente 2º Esteban Zamorano Sepúlveda
- Gama de 1º Luis Orellana Lillo
- Teniente de Mar de apellido Palavicino

En el transcurso del año llegó un Teniente 1º de apellido Cabrera y otro Teniente 2º llamado Fernando Bascuñán Arancibia.

Dado el caso que el período de conscripción era de 2 años, siempre había 2 contingentes: los nuevos y los antiguos. En esta fecha el contingente antiguo de 1934 era muy numeroso, tenía alrededor de 600 conscriptos y todos habían sido reclutados en la zona de Chiloé. El contingente de 1935 tenía menor dotación, unos 200 hombres solamente, y provenían de la zona de la Araucanía, especialmente de Carahue, Nueva Imperial y Puerto Saavedra.

El personal de planta era escaso, como secuela de la reciente “Revolución de la Marinería”, hacía apenas unos 3 años, y, con el propósito de llenar los huecos, se contrató ese año un gran contingente de grumetes, salidos recientemente del Ejército, donde habían prestado su Servicio Militar, entre ellos se contaba el que escribe estos recuerdos.

El personal antiguo, Sargentos y Suboficiales, eran hombres sencillos, en su gran mayoría de extracción campesina. A mí se me figuraba que sólo habían cambiado el poncho por el uniforme y el patrón por el Comandante. Salvo raras excepciones, su formación escolar era muy precaria, pero eran militares 100%; estrictísimos en la conducción del personal subalterno y, como ha sido tradición entre nosotros, leales hasta la muerte, condición que formaba parte de su formación. Los oficiales podían estar seguros del mantenimiento de la disciplina, las formas militares y de cada una de las tareas encomendadas.

Había hombres excepcionales, como mi Primero Enrique Eastman Scherry, que era un alemán de cuerpo y alma; sin duda el más militar de todos, aunque su formación escolar estaba solamente al nivel de los demás. Mi primero Eastman era el primero en llegar en la mañana y el último en retirarse en la tarde. Hacía su

recorrido a pie diariamente, tanto de ida como de regreso, desde su hogar en el barrio de San Vicente. Era un hombre corpulento, alto y rubio de ojos verdes.

Cuando, en 1914, el crucero alemán Dresden fue hundido por la escuadra inglesa en la bahía de Cumberland de la Isla Juan Fernández, la tripulación estaba acampada en tierra y a bordo había 6 hombres de guardia; estos fueron los únicos muertos y están sepultados en el cementerio de la isla en una cripta especial. Cuando el gobierno chileno tuvo noticias de este suceso, envió al transporte Zenteno a la isla a recoger a la tripulación alemana. Fue traída a la Isla Quiriquina (en ese tiempo era desierta) donde fueron internados hasta el final de la guerra. Con el propósito de que sirvieran de intérpretes, la Armada buscó y contrató a dos hijos de alemanes de las colonias del Sur, como Artilleros de Costa; una de estas personas fue mi Primero Eastman. En 1918, terminada la guerra, los alemanes fueron liberados y mi Primero Eastman se quedó siguiendo su carrera hasta Suboficial Mayor. Su compañero, terminada su misión de intérprete, regresó a su tierra; ignoro su nombre.

Nuestro Regimiento Talcahuano tenía fortificaciones en casi todo el perímetro de la Bahía Concepción, en la Bahía San Vicente y, poco más tarde, en la parte occidental de la Península de Tumbes. Empezaré nombrando las Baterías por el extremo Nororiental de la Bahía Concepción.



1. Batería Soldado Canave: En ese año de 1935 se instaló en el lugar llamado Monte Cristo, al norte de la ciudad de Tomé, una Batería de 2 Cañones de 152 mm L/50.
2. Fuerte Punta de Parra: al sur de Tomé había 2 Baterías:
 - a) Batería San Martín: con 2 Cañones “Krupp” de 280 mm L/40
 - b) Batería López Alcázar: con 2 Cañones “Armstrong” de 152 mm L/45
3. Isla Quiriquina: 3 Baterías de 152mm L/45
 - a) Batería Rondizzoni: en el extremo sur de la Isla y compuesta por 4 Cañones.
 - b) Batería Miller: en el extremo Norte de la Isla, cercana a la Boca Chica, compuesta por 2 Cañones.
 - c) Batería Maruri: también en el extremo Norte de la Isla, pero mas cercana a la Boca Grande y compuesta de 2 Cañones.

En el Continente:

4. Península de Tumbes:
 - a) Batería Borgoño: (en el lugar que todos conocemos) compuesta de 2 Cañones “Krupp” de 280 mm L/40.
 - b) Batería Beaucheff: compuesta de 2 Cañones de 152 mm L/45; este Fuerte estaba inmediatamente al Sur de la caleta de pescadores Tumbes y cubría la Boca Chica de la Bahía.
 - c) Batería Rodríguez: en lo alto, frente a la puerta de lo que hoy es “Asmar”. Tenía 2 Cañones de 120 mm L/40
 - d) Batería Jordán Valdivieso: en El Morro de Talcahuano, con 2 Cañones de 120 mm L/40.
 - e) Batería Benavente: compuesta de 2 Cañones “Cannett” de 203 mm L/40. Estaba instalada en el extremo Sur de la Península, protegiendo la Bahía San Vicente.
 - f) Existía, además, una Batería Móvil (Ferroviaria, contaba con 2 Cañones de 120 mm L/40 y se montaba sobre un carro plano de ferrocarril.

Cuarteles

1. Cuartel Herrera: En el centro de la ciudad de Tomé, en una pequeña altura, teníamos un cuartel que era conocido como el “Cuartel Herrera”. Era una casa muy antigua, cuyo terreno aún debe pertenecer a nuestra institución.
2. En “Monte Cristo”, nunca hubo un verdadero cuartel, sino una pequeña casa de mala calidad para el cuidador.
3. Punta de Parra: en este recinto sí había acomodaciones para mucho personal y Casino de Oficiales, hasta pesebrera para los caballos de estos últimos.

En el área de Talcahuano, y empezando de Norte a Sur, había las siguientes construcciones:

4. Cuartel Beaucheff: había un pequeño Cuartel en un hermoso paraje a unos 50 metros sobre el nivel del mar. La edificación consistía en una pieza de estar muy especial, pues tenía forma octogonal y un agregado en forma rectangular para dormitorio. Además había una pequeña cocina.
5. Cuartel Borgoño: en Borgoño, que era y sigue siendo el Cuartel General existía ya toda la edificación antigua que ha logrado sobrevivir hasta hoy, con el gran Cuerpo Central de nuestro conocido Patio Cubierto, que en ese entonces tenía piso de cemento y alrededor del cual estaban las construcciones que todos conocemos; sólo han cambiado las puertas y las ventanas, siguiendo las costumbres de los Comandantes de hacer modificaciones que consisten, básicamente, en abrir una puerta donde existe una ventana y dejar para ventana donde estaba la puerta.

El edificio que queda a la derecha, entrando desde el Sur al patio cubierto, es uno de los 3 iguales que construyeron los alemanes en los últimos años del siglo pasado, o en los primeros de éste. Los otros 2, uno está en Rondizzoni y el otro en El Morro. Este último fue demolido allá por el año 60. Los 2 primeros se mantienen intactos, con las modificaciones que señalé más arriba.

Las cuadras Norte y Sur estaban tal cual se conservan hoy día, y, en el extremo Noroeste de la Cuadra Norte, estaban los baños, cuyos WC consistían en un canal de concreto con declive, que vaciaban en una cámara del alcantarillado, cuyos tubos llegaban hasta el mar. La forma de

usarlos era muy sencilla: la persona se sentaba en el borde del canal que era redondeado y que le quedaba a la altura de los muslos. Es bueno decir que el sistema cumplía plenamente su propósito, aunque como se ve un poco rústico.

La parte construida al lado Oeste del Patio Cubierto, era de 2 pisos, como lo sigue siendo ahora. En el piso de abajo funcionaba el Casino de Suboficiales y Clases y en piso de arriba el de Oficiales. En el extremo Norte del edificio había un curioso ascensor para subir las viandas al 2º piso. Este funcionaba por medio de cordeles que eran accionados desde abajo.

Al lado Norte y más allá del Patio Cubierto, y donde mismo permanece hasta hoy día, estaba la cocina del personal, y a continuación, para el Oeste, estaban las celdas de la Compañía Disciplinaria, donde permanecían detenidos los reos de la Justicia Naval. Las casitas bajas que hay al Oeste del Patio Cubierto son las mismas, sólo que un poco mas envejecidas. A través del tiempo sólo han cambiado de destinación. Antes funcionaba allí la peluquería, la enfermería y uno que otro dormitorio de los Suboficiales Mayores. En cambio, el maestro zapatero tenía su cubil en el extremo Norte Noreste interior del Patio Cubierto.

La Guardia ocupaba el extremo Este del edificio bajo, que queda frente a la puerta del Patio Cubierto; más adentro estaba el taller mecánico y la herrería y, pegado al cerro, junto al camino que sube a la Cancha de Infantería de Marina, estaba la carpintería. Además, yendo hacia Las Canchas, a 200 metros de la Guardia, estaba el recordado Bagaje, donde se albergaba la caballada, para los oficiales, y los bueyes que arrastraban la carreta, que cumplía funciones de mucha utilidad para el cuartel. Allí tenía su "santuario" el Mariscal del Regimiento, encargado de los animales. Este funcionario era un personaje connotado dentro del Regimiento y su nombre era Tiburcio Yañez.

6. Cuartel Marinao: este era un edificio viejo que hasta hacía poco había sido Hospital Naval de Talcahuano; tenía acomodaciones para un número grande de personal y un pequeño edificio para Casino de Oficiales, a pocos metros al lado Norte.

Este Cuartel estaba ubicado en la última parte del camino de la Cooperativa, como se llamaba en ese tiempo a un camino adoquinado que fue anulado posteriormente por el actual camino que comienza abajo en la

Gruta y que fue construido por el Servicio Militar del Trabajo y el constructor fue la misma persona que está escribiendo estos recuerdos.

El Cuartel Marinao estaba en toda la ladera del cerro y allí casi todo era inclinado. Por ejemplo, un pasillo central tenía una inclinación bastante pronunciada. Era un Cuartel solamente para acantonar gente, carecía de fortificaciones.

7. Cuartel “7 de Enero”; este Cuartel estaba ubicado en la calle del mismo nombre, frente al actual puerto pesquero y a unos 300 metros de la Puerta de los Leones, hacia el interior de la ciudad. La calle 7 de Enero comienza en este punto de la calle Gálvez y ha servido siempre para subir al cerro Cornou y Alegre.

A unos 100 metros al interior, partiendo de Gálvez se elevaba este viejo Cuartel, que en sus años mozos debió haber sido un palacio; así lo demostraba su estructura con unas hermosas columnas griegas a su entrada. Pero ya en ese tiempo estaba en decadencia. En la actualidad es un sitio vacío donde los niños del barrio han creado una mini cancha de fútbol.

8. Cuartel El Morro: este estaba ubicado, como su nombre lo indica, en el Fuerte El Morro de Talcahuano, y era uno de los 3 edificios iguales –como dije anteriormente- que construyeron, según se decía en ese tiempo, los alemanes que instalaron los cañones “Krupp”, en las fronteras del siglo pasado y del actual. Había también allí una casa habitación, para el Oficial Jefe del Fuerte; el que escribe estas líneas vivió con su familia allí, allá por el año 1958.
9. Isla Quiriquina: allí había un solo Cuartel, el del Fuerte Rondizzoni, y se levantaba el tercer cuartel “de los alemanes”, y que aún se mantiene intacto; el cuartel había sido complementado con otros edificios de madera de construcción más reciente.

La Guarnición de Orden y Seguridad

Esta funcionaba en el mismo Cuartel que lo hace en estos días, con algunas ampliaciones y algunos cambios, como dije más atrás, una puerta donde había una ventana y ventana donde antes había puerta. Yo serví allí durante el año 1937.

Pero, la Guarnición no la cubría la Infantería de Marina, ni ningún otro personal de la Armada, sino que había allí personal del Cuerpo de Carabineros, como secuela de la “Revolución de la Marinería” del 5 de Septiembre de 1931; pero en ese año de 1935 comandaba la Base un Almirante muy bien recordado por sus grandes condiciones de mando, me refiero al Contra-almirante Sr. Juan Tadeo Jerken Mahn, quien, apenas tomado el mando, se propuso extraer este cuerpo extraño dentro de nuestra Armada y lo logró, reponiendo al personal de nuestro Cuerpo, como había sido desde antiguo.

El primer oficial que se hizo cargo de esta Unidad fue, el entonces “Guardiamarina de Primera Clase” don Oscar Villegas Martínez y al año siguiente, comienzos del año 37, fue reemplazado por su compañero del mismo grado don Jorge Ibarra Castro.

En el invierno de 1936, se dispuso que la Batería Beaucheff fuera desmontada y trasladada al extremo Noroccidental de la Península, en un lugar denominado “Huanquiñirre” y pasaría a ser la Batería “Crispín Reyes”, con un campo de tiro hacia el Norte y el Oeste. Para cumplir esta misión fue nombrado el Suboficial José León, con un equipo de hombres de todas las plazas. Me voy a permitir nombrar a la mayoría de ellos:

- Sargento 1º Álvaro Salgado
- Sargento 2º Manuel Rivera
- Cabo 1º Pedro Ortiz
- Cabo 1º Abraham Figueroa
- Cabo 1º Apolinario Torres Vargas
- Cabo 2º Alejandro Gálvez
- Grumete Pedro Godoy Díaz
- Grumete Juan Arias Tapia
- Grumete Manuel Moreno Morales
- 8 Conscriptos

Era mi Suboficial León, un hombre muy especial; alto y muy gordo, de unos 120 kilos de peso. Intelectualmente estaba por sobre lo normal de sus compañeros, tenía humanidades, que, para ese tiempo, era mucho decir. Demostró tener completo dominio de la faena que le encomendaron. Hablaba muy poco, daba las órdenes precisas. El desmonte se hizo “a pulso”, con un aparejo y 2 gatas, de esas clásicas que había en nuestra institución, con 3 ruedas; lo demás fue a pura “alza prima”, como se le llamaba a la palanca.

Desmontamos totalmente la Batería y depositamos sus piezas sobre “chocos” de madera. Vivíamos todo el día jalando de la tira del aparejo. Cuento esto último porque este entrenamiento indirecto e involuntario nos dio un triunfo inesperado que a continuación voy a narrar:

En el mes de Agosto de ese mismo año, nuestro Comandante Fuller, dispuso una especie de Olimpiada interna del Regimiento, donde hubo toda clase de actividades deportivas, desde fútbol hasta rayuela. Para su organización se reunió en Borgoño todo el Regimiento. Por ejemplo, hizo salir al frente a los 11 titulares del equipo de fútbol y cada uno de estos hombres fue el Capitán de un equipo que se fue formando allí mismo, eligiendo cada uno un jugador, alternativamente, hasta completarlos 11 y las reservas, e incluso nuestro Comandante era uno de los jugadores. La competencia fue hermosa y duró varias semanas.

Mi Suboficial León inscribió un equipo de “tirar la cuerda” y, ante el asombro de los muchos equipos participantes, fuimos eliminándolos uno a uno hasta salir campeones. Aún me parece ver a mi Suboficial León en el extremo de nuestra cuerda, con una vuelta alrededor de su inmenso cuerpo, como una columna inamovible. Mi cabo Gálvez, que era un hombre bajito y menudo, era nuestro Capitán. La razón de este triunfo de gente, en general de poca corpulencia, se debió al parecer al intenso entrenamiento diario.

En la primavera de ese año, se hizo el traslado del material de esta Batería a Huanquiñirre. El traslado fue toda una faena; ya había llegado a Talcahuano la rampa, aquella de ruedas de goma, que tanta utilidad nos prestó más tarde, a lo largo del litoral. Para la dirección contábamos con un pequeño tractor con ruedas de fierro y con “uñas”, de modo que, cuando el tractor funcionaba y la rampa no avanzaba, nuestro tractor se enterraba hasta el eje, en menos de un minuto; porque el avance de la rampa dependía, solamente, del esfuerzo de unos 400 hombres que jalábamos de 4 tiras paralelas.

Demoramos varias semanas en el traslado del material. El rancho se confeccionaba en campaña, calculando el avance de la mañana. En uno de los viajes en que llevábamos 2 tubos de la Batería, la rampa se detuvo en una pequeña hondonada que queda en el recinto Beaucheff, unos 100 metros antes de llegar a la cumbre y no fue posible sacarla. Estuvimos dos días “empantanados” ahí; por más que mi Teniente Guerrero gritaba, la rampa no se movía. Al tercer día, nuestro Teniente Guerrero se dirigió a nosotros con las siguientes palabras: “Poner atención el personal, si la rampa logra salir de este estancamiento en que nos encontramos, habrá franco para todos, desde ese mismo momento y con

noche para los solteros”. 5 minutos más tarde la rampa con los 2 cañones arriba estaba en la cumbre del cerro.

Me permito hacer notar que, 20 años más tarde, mientras el que esto escribe era Comandante del Fuerte Borgoño, al mando de la Compañía Militar del Trabajo, se me encomendó trasladar a Huanquiñirre el material de Cañones de 152 mm L/50 (más modernos), que estaban desde hacía un tiempo esperando en el extremo Sureste de la cancha de fútbol de Borgoño. Vino una grúa, me depositó todo el material sobre la misma rampa de hacía 20 años, pero contaba yo esta vez con un tractor de Artillería de esos de las Baterías de 155 mm, y en una tarde, con unos cuantos hombres, llevé a Huanquiñirre los nuevos Cañones para reemplazar a los antiguos. Aún conservo la copia del oficio en que informé al Comandante del Regimiento, el cumplimiento de la misión.

En ese año de 1936 gran parte del personal se dedicaba a “chancar” piedras, extraídas de una cantera que está ubicada más o menos a 1 kilómetro al Norte de donde se instalarían más tarde los Cañones 280 mm, siempre junto al mar y que, al parecer nadie recuerda, con el objeto de seguir explotándola.

El chancado estaba destinado a la construcción de los futuros emplazamientos de las Baterías 280 y “Charles” 152 mm L/50

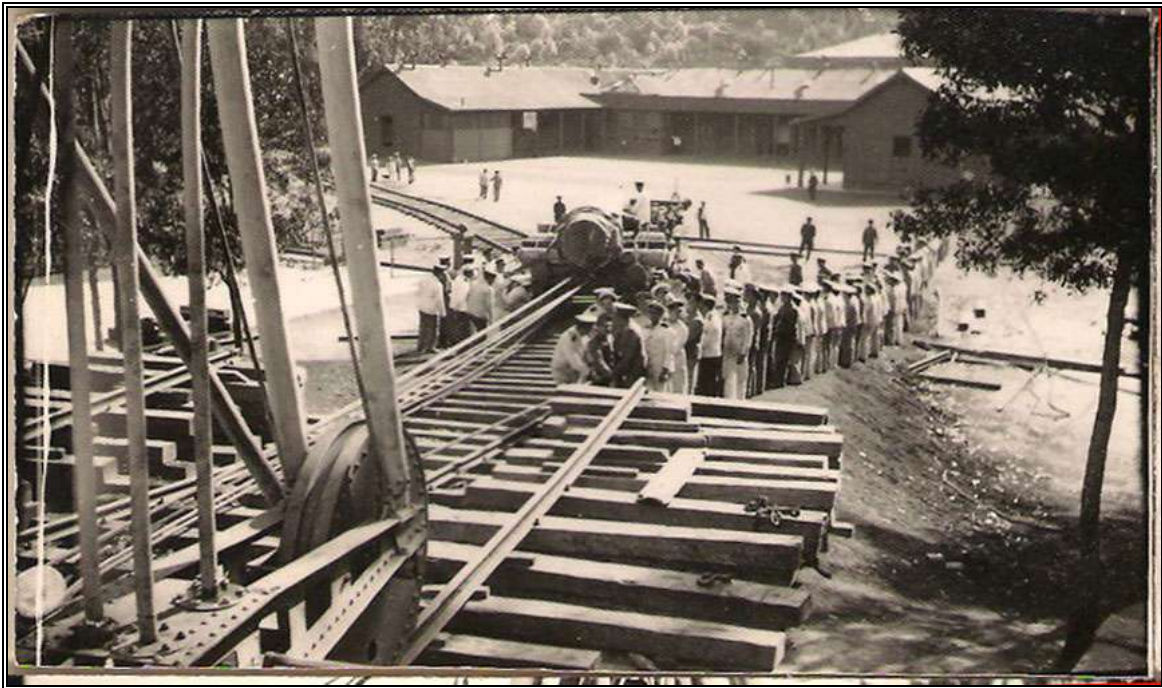
Como se ve, en ese tiempo, nuestra institución estaba empeñada en fortificar la parte Oeste de la Península de Tumbes, con la Batería “Crispín Reyes” que mencioné anteriormente, el traslado de la Batería “Borgoño” y el montaje de la “Charles”, con material traído de Valparaíso.

A principios del año 1938 debí cumplir trasbordo al grupo “Playa Ancha” de Valparaíso y lo más significativo en que me tocó tomar parte en Talcahuano, fue formar la dotación de la Batería de Honores, instalada en el “Fuerte Rodríguez”, con cañones de 40 mm. Los honores fueron para el crucero alemán “Karlsruhe”, en gira por este lado del mundo, antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial.

En Talcahuano ese año comenzó, según tengo entendido, aquella “faena egipcia” de desmontar y trasladar la Batería “Borgoño”, con sus enormes cañones de 280 mm, al Fuerte “Bulnes”. Esta faena duró 2 o 3 años, y se hizo de la siguiente forma:

Se trajo un carro plano de ferrocarril y sobre él se ponía el material; una vez cargado el carro se le hacía avanzar por un tramo de línea construida ex profeso. Llegando al extremo de la vía, se desarmaba la línea y se construía delante, y así

sucesivamente. Lo más pesado era cada Cañón. Todo el trabajo de reconstruir la vía, como de arrastrar el vagón, se hacía a “lomo de cosaco”.



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

La Batería llegó por fin a destino y quedó montada en su nuevo emplazamiento. ¿Y para qué fue tanto esfuerzo? Para disparar un tiro con un Cañón, “Tiro de Prueba de Emplazamiento”, y más tarde vender la Batería entera como “fierro viejo”.

Según mi punto de vista, la Batería “Borgoño” no debió haberse movido de su primitivo emplazamiento, hecho por los alemanes a fines del siglo pasado y comienzos de éste. Allí debiera estar ahora como una reliquia de la institución.

He de recordar que los alemanes debieron construir el camino que sube zigzagueante desde Caleta Los Placeres a Borgoño y una línea ferroviaria sobre él. Aún es posible ver al fondo de los ángulos del camino los rieles “plantados” en forma vertical donde se le tomaba vuelta a los cables que tiraban del vagón. Lo hacían pasar de largo, de modo que la popa del vagón pasaba a ser la proa, después de cada ángulo del camino.

En ese año de 1938, el Grupo “Playa Ancha” estaba en plena actividad. Para ese año se activaron 2 Baterías: la de grueso calibre formada por el Cañón de

“Valdivia” y el de “Yerbas Buenas” y mediano calibre “Rancagua”, más al Sur de las “Torpederas”. Había además una Batería “Plana Mayor”.

La Batería de grueso calibre estaba al mando del Teniente Raúl González Navarrete, la de mediano calibre al mando del Teniente Rolando Vergara Puga y la Plana Mayor, del Teniente Hernán Aranda.

Se recibían los conscriptos y se les entregaba a los Comandantes de Batería, quienes con sus oficiales y personal de planta, debían someterlos al período de reclutas. Terminado éste, se les daba forma de Batería a la dotación y empezaba en entrenamiento artillero.

Yo pasé a formar parte de la Batería de mediano calibre, y, después del período de reclutas, marchábamos, mañana y tarde, 4 veces al día, desde el Fuerte “Valdivia” al “Rancagua”, al mando de nuestro Sargento 1º Genaro Pincheira. Yo cubría el puesto de ajustador del Cañón I. Tenía yo el grado de Soldado 2º y cuando comenzó este período pensé que, por fin, iba a aprender artillería, pero no fue así, no aprendí nada. Caminábamos, como señalé más atrás, tarde y mañana hacia y desde nuestra Batería “Rancagua”.

Lo que pasaba era que nuestro Teniente Vergara no tenía tiempo y no tenía un oficial subalterno. A fin de año llegó un Teniente que resultó ser un excelente oficial, su nombre era Claudio Solar Lantaño. Este oficial se había recién pasado de Naval a Cosaco, Duró poco en nuestra institución, pues emigró a la Aviación, donde llegó al grado de Coronel.

Lo que en realidad pasaba era que nuestro personal de planta era de muy bajo nivel de instrucción, primario o básico, como dicen ahora. Ellos eran hombres prácticos, pero no sabían el por qué de nada. De manera que ocupábamos todo el día en hacer aseo del recinto y del material. Mi Comandante de Pieza, Cabo 1º Marcos Arredondo Beiza, no sabía nada y ni siquiera era práctico; el que salvaba la situación era el apuntador, mi Cabo Riquelme. Así llegamos a fin de año y con ello al tiro final, que es algo así como el examen del trabajo del año.

Todo estuvo listo a las 15:00 horas de un día de principios de Diciembre. Nuestro Teniente Vergara se dirigió a la dotación, de pie sobre una pequeña elevación del terreno, con las siguientes palabras: “Poner atención a la Batería, la tarea de ustedes consiste en que los proyectiles salgan de la boca del cañón, más allá, la responsabilidad es mía. Cubrir la Batería”.

Y empezaron las salvas, los proyectiles salieron de la boca del cañón, al menos en las primeras dos salvas, a tercera ya mi cañón no disparó más, a mi Cabo

Arredondo se le atascó el cierre y hubo que llevar el resto de la munición al Cañón II, donde mi Cabo Prado, jefe de la pieza, y no tuvo dificultades.

Si bien es cierto los proyectiles salieron de la boca de los cañones, con las dificultades ya anotadas, no ocurrió lo mismo con los piques, en que casi todos cayeron fuera del rastrillo, de manera que mi Teniente Vergara debió repetir el tiro al año siguiente.

Para aclarar lo sucedido en el Cañón I hubo investigación, para ello se trajo a un Suboficial Armero Naval, por razones especiales recuerdo su apellido que era Ahumada. Lo que había pasado, y que mi Suboficial Ahumada descubrió rápidamente, fue que el estopín que debía colocar el culata (más tarde se ideó 2 sirvientes para este puesto, un jefe de pieza y un culata) antes de cerrar el cierre, no había problemas mientras el cañón estuviera horizontal, Como es natural, después del primer tiro el cañón se carga con elevación y el estopín, por gravedad, tiende a retroceder y no deja desplazarse al block y el cierre no puede cerrarse.

Personalmente me afectó bastante nuestro fracaso anual. Ya estaba bien que no supiésemos teoría de Artillería, pero comprobé que en la práctica tampoco andábamos mejor. Por esta razón, cuando semanas más tarde, mi Primero Rubilar, que era el ayudante del “Detal” y que diariamente leía las órdenes, las guardias y hasta la correspondencia del personal y que lo hacía subido sobre una cámara alta del alcantarillado, leyó un día una circular en que se invitaba al personal de grados bajos a inscribirse en cursos de especialidades. Entre las especialidades ofrecidas figuraba la de Armero, sin pensarlo mucho salí al frente y me anoté.

Y fue así como un día del mes de Febrero del año siguiente (1939) mi Primero Rubilar, subido sobre la cámara del alcantarillado, leyó una serie de trasbordos a diferentes destinos y, entre ellos, salía otro compañero y yo, trasbordados a la Escuela de Artillería Naval, al curso de Armeros. Mi compañero se llamaba Neftalí Castillos Rojas.

Fue así como en el mes de Marzo de ese año, a bordo del “Araucano”, regresé a esta Base Naval que se llama Talcahuano y es un puerto “principal”, como dice nuestro poeta Mario Ibar Pinochet en sus “Odas a Talcahuano”.

La Escuela de Artillería funcionaba en el edificio que fue más tarde nuestro Cuartel Central. Pero, cuando llegué, la Escuela abandonaba el Cuartel y estaba ya embarcándose en el viejo crucero “Blanco Encalada”, que zarpó a los pocos días, rumbo a Valparaíso. Se acoderó de popa al molo y allí, por años, funcionó la

Escuela de Artillería Naval, hasta que se construyó el edificio definitivo en Las Salinas, en Viña, y que ahora se llama Escuela de Armamento.

Los años 1939 y 1940 los pasé en el Blanco, estudiando Armería y mi profesor de armamento fue el Suboficial Armero Ahumada, el mismo de la Batería Rancagua. De esos 2 años no se nada de nuestro Cuerpo . Viví sumergido en el sollao del medio, con 16 compañeros mas.

Confieso que nunca me pude habituar a vivir encerrado en un departamento de fierro; fierro por todas partes. Añoraba nuestros cuarteles, especialmente el mundo vegetal, que es tan propio de nuestros fuertes y recintos.

El año 1941 (a comienzos) volví al Fuerte Valparaíso con la especialidad de Armero. Por fin sabia algo de Artillería. Luego me di cuenta que sabía mas que los Suboficiales en general, y yo era Artillero 2º nada mas.

Creo que había olvidado decir que en el Sector Oriental, como se le llamaba a lo de Viña, nuestra Escuela seguía sus funciones de tal y que incluía todos los años Tiro de Escuela con los alumnos, tanto Oficiales como personal, con Baterías de Vergara y Sotomayor.

En el Grupo Playa Ancha se hacía tiro todos los años, o mejor dicho, el año de instrucción terminaba con el tiro. La Batería 280 lo hacía todos los años, en cambio las de mediano calibre, se alternaban las Baterías Bari y Rancagua.

En febrero de 1942 sí que empezaron a ocurrir cosas. Una mañana, a la llamada general, el Suboficial encargado dio comienzo a la lectura de una larga lista de personal, los que debieron salir al frente y formar 4 grupos, de mas de 40 hombres cada uno, incluyendo todas las plazas, de Suboficiales a conscriptos. Se les dio un par de días para alistar su equipo y despedirse de su familia y fueron embarcados en el Araucano, con rumbo desconocido.

Luego se supo, por el “correo de la brujas”, que habían sido desembarcados en los puertos de San Antonio, Chañaral, Antofagasta y Tocopilla; lugares donde había llegado personal norteamericano trayendo nuevo armamento. Y efectivamente, así había ocurrido.

Cuarenta días mas tarde, volvió a repetirse lo de la lista de los 4 grupos, y en esta se incluía mi nombre. Destino: el puerto de Tocopilla. Fue así como fuimos embarcados en el Araucano, que venía de Talcahuano, ya con personal, e incluso viajaba nuestro futuro Comandante, con el grado de Capitán de Corbeta, don Arturo Velásquez Gutiérrez. Además, el Araucano embarcó en Valparaíso, un

contingente de conscriptos del Ejército que iban a Iquique a hacer su Servicio Militar, De manera que el buque zarpó de Valparaíso directo a Iquique, donde entregó a los conscriptos y regresó a Tocopilla. Y así fue como el día 5 de abril desembarcamos en ese puerto para sumarnos a la dotación que había llegado con anterioridad.

La dotación primitiva estaba al mando del Teniente 1º Sr. Luis Orellana Lillo y sus Oficiales eran: el Gama de 1ª Clase Sr. Julio Navarrete Torres y el Gama de 2ª Clase Sr. Manuel Benítez Lagos. Con la llegada del Comandante Velásquez nuestro Teniente Orellana pasó a 2º Comandante.

Se había inaugurado en Tocopilla, hacía muy poco, un conjunto de 3 block de departamentos, de 6 pisos cada uno y una terraza. Los había construido la Caja del Seguro Obrero para sus imponentes. Parece ser que fue una de las primeras tentativas de hacer vivir al obrero chileno en edificios de altura. Los beneficiarios no los querían, de manera que en alto porcentaje estaban desocupados. Se decía que no los querían por ser contraria a la idiosincrasia del chileno. A nuestro pueblo le gusta vivir a ras de suelo, aunque sea en una rancho, pero con un patio donde tender la ropa a secar, un perro, gallinas y, si se puede, un chancho para sacrificarlo en los “meses de los santos”.



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

Estaban dispuestos en U. Nosotros usábamos la parte del centro, ocupando el subsuelo, 1º y 2º pisos, además de toda la terraza. A pesar de ser un edificio de departamentos fue aprovechado hábilmente como cuartel, para una dotación de 90 hombres.

Los cuatro grupos Motorizados quedaron al mando de los siguientes jefes, todos con el grado de Capitán de Corbeta:

- Tocopilla : Arturo Velásquez Gutiérrez
- Antofagasta : Oscar Bustos Lagos
- Chañaral : Nicolás Salazar Lillo
- San Antonio : Fernando De la Paz Besoain.

Las dotaciones eran semejantes.

Los Militares Norteamericanos: Allí estaban los norteamericanos, altos, rubios, bien vestidos, con una tenida para cada actividad; todos especialistas en algo, área de su trabajo que conocían a las mil maravillas, pero no sabían nada más que lo que correspondía a su especialidad, pero, repito, esa parte se la sabían hasta el más mínimo detalle. Nosotros parecíamos parientes lejanos, muy pobres, de ellos.

Una de las cosas que más admiré en ellos fue su buena organización. Trajeron una dotación de 26 hombres de tropa y 2 oficiales por grupo. La dotación de los 4 grupos era igual.

De los oficiales, uno era de carrera (de West Point), el otro era reservista. En el caso de Tocopilla, el Capitán era reservista y su apellido, si la memoria no me traiciona, era Lenox. En una oportunidad le pregunté a un interprete a qué se dedicaba el Capitán antes de la guerra y me contestó: "Era chacarero". En cambio el Teniente, como ya se dijo, era de carrera. Se trataba de un franco-canadiense-americano y su apellido era: Dimoise.

En cuanto a la tropa, estaba formada por un esqueleto de personal de planta, encabezado por un Sargento Mayor, su nombre era Jimmy Stockwell y me parece que corresponde a nuestro Suboficial Mayor. Después seguían Sargentos, Cabos y Soldados de las diferentes especialidades. Recuerdo que había un Sargento 2º

de apellido Soyer, especialista en proyectores. Este hombre fue el único que nunca quiso aprender castellano. La instrucción la hacía a través de un interprete.

El resto del personal eran reservistas. Pero estos reservistas eran de una categoría especial. Eran jóvenes recién graduados en la Universidad, de modo que había Ingenieros, Arquitectos, Profesores. Eran jóvenes valiosos que los destinaban donde no hubiera peligro que se los matasen. Tenían el grado de Sargentos 2º, casi todos.

Tenía, cada grupo, 2 interpretes de origen mejicano. Los nuestros se llamaban Joseph Angel Carreón el uno y el otro de apellido Carrillo, el nombre no lo recuerdo. Carreón era un "chicano" muy hábil y de buena cultura general; me contó que antes de la guerra era dependiente de una farmacia. De Carrillo nunca supe nada, porque no sabia gran cosa, e incluso, de primeras no entendía el castellano nuestro.

Un día, en clase de proyectores, me dijo Carreón que le describiera el proyector. Yo empecé desde arriba, como era costumbre entre nosotros, pero él interrumpió y me dijo: "Moreno ¿Cuándo Ud. hace una casa empieza por el techo?". "No, le contesté, por los cimientos". "Bien, me dijo, entonces empiece desde abajo". Para contestar nuestras preguntas recurrían al suelo, lo emparejaban y dibujaban lo solicitado. Por ejemplo, cuando le pregunté al Armero, como se llamaba la callampa del cierre, me dio un nombre. Le pregunté qué quería decir; se puso en cuclillas, emparejó el suelo y me dibujó un hongo, y me dijo: "Mira, allá en Tejas, cuando mucha agua desde el cielo y después mucho calor, crece esto y rica para comer frita en la sartén".

Armamento, trajeron ellos 4 piezas de artillería, por grupo, Cañones de 155/38, los mismos que aún conservamos. Estos cañones era de fabricación francesa, su marca era Puteaux. Se decía que los habían recibido de Francia, en pago por sacarles los alemanes de encima en la Primera Guerra Mundial, del 1914 al 1918.

Estos 4 cañones formaban 2 Baterías, con todos sus instrumentos. Con su control, armas automáticas, para defensa local, proyectores, camiones, jeeps, tractores para traslado de los cañones y la correspondiente munición. Además, una cantidad inmensa de repuestos; con cientos de pilas para teléfonos de campaña y linternas, las que luego se descompusieron al no ser usadas a tiempo. Traían, además, muchos tambores de un petróleo pobre, que llamaban "Gasoil", para limpieza del material y tambores con insecticida, que no fue necesario usar, al menos en Tocopilla.

Con la llegada del personal en que yo formaba parte, se completo la dotación del grupo. La partida anterior sólo era el “comité de recepción” a la llegada de estos militares extranjeros.

Los sitios para la instalación de las Baterías, fueron una en cada extremo de la ciudad. La Batería Norte comandada por mi Gama Navarrete y la Sur, por mi Teniente Orellana.

Al día siguiente de mi llegada a Tocopilla, recibí órdenes de presentarme al comandante de la Batería Sur, en mi calidad de Armero. Cuando llegué al futuro emplazamiento de la mencionada Batería, me presenté a mi Teniente Orellana, quien al mirar mi parche de especialidad, me dijo: “Ah, tú ere el Armero. Tu tienes entre el personal norteamericano un colega, búscalo, conversa con él para que te enseñe el funcionamiento del armamento, después me informas”. Le ordenó a su Primero de Batería que me diera el nombre del Armero yanki. Resultó llamarse Richard Saxon. No me costó mucho ubicarlo.

Saxon resultó ser un hombre de unos 30 años de edad, tejano de origen. Alto, delgado, de cara alargada, de mejillas coloradas, nariz larga y un poco corva, pelo rubio, casi blanco. Como buen tejano, hablaba castellano. Un castellano un tanto grosero, pero se entendía perfectamente.

Mas tarde volví a informar a mi Teniente Orellana. Cuando me cuadré frente a él, estaba tratando de conversar con el Capitán norteamericano, pero daba la impresión que estaba molesto. Entonces me dijo “¿Cómo te fue?”. “Bien, le manifesté, conversé con el armero norteamericano y nos pusimos de acuerdo para trabajar juntos”. “Hablaste, me dijo ¿Tu hablas inglés?”. “No, nada, le dije, lo que pasa es que él habla Castellano”. “¿Y, porqué?, me dijo. “Porque es de Texas”, le manifesté. “Te felicito, me dijo, has tenido suerte, lo que es yo, hace media hora que estoy tratando de explicar a este Capitán, un asunto de suma importancia, pero ni él habla ni jota de castellano, ni yo de inglés, y aquí estamos a puras señas”.

En ese momento se estaba preparando el terreno para las Baterías. Hubo que sacar una enorme cantidad de piedras de todos los tamaños. Había algunas asomando una pequeña parte a la superficie, pero al escarbar podía ser del tamaño de una casa.

Después, los chilenos (personal), nos dedicamos a construir el emplazamiento de concreto. Los gringos traían los planos, iguales para todas las Baterías y había que hacerlos en una sola jornada de trabajo para estar seguros de su resistencia. Empezábamos al amanecer y terminábamos mas allá de la media noche.

Piedras había en abundancia por todos lados, pero había que partirlas para convertirlas en “chancao”. Esta vez no fue necesario hacerlo a combazo limpio, como allá en el Fuerte O’Higgins de Talcahuano. La compañía norteamericana dueña de la gran planta eléctrica de la ciudad, “Chile Exploration”, tenía elementos modernos para esta faena. Este consistía en un trompo chancador que giraba excéntricamente, dentro de un cilindro de mucha resistencia; de modo que nosotros echábamos las piedras y el trompo en su girar excéntrico las aplastaba contra las paredes del cilindro y las trituraba.

La arena la sacábamos de la playa, donde había en gran abundancia y la llevábamos a la “Chilex” donde había lo necesario para lavarla, con el propósito de eliminarle la sal.

Los emplazamientos de concreto los hicimos a puro “ñeque” de cosaco. Tengo algunas fotografías que enviaré a la Legión, Corresponden a la Batería Sur, en plena faena.

Instalados los cañones en sus nuevos emplazamientos, según planos, vino el periodo de instrucción, con personal chileno y norteamericano.

Los cañones no tenían nada nuevo para nosotros. En cuanto al control resultaban semejantes al de las baterías de 280, con base de línea horizontal. Lo que resultaba diferente era el alza del cañón, con un anteojo muy deficiente. Al parecer el mismo de la guerra del 14.



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

La medición de la base horizontal para el control le fue entregada a uno de esos Sargentos universitarios, cuyo nombre no recuerdo. Tenía como ayudante a mi Cabo Luis Cárcamo (el “Chilote Cárcamo”) y un conscripto de alarife. Uno de los extremos de la base estaba en “Caleta Vieja”, al norte de la ciudad y de la Batería del mismo nombre y la otra estación estaba al sur de la ciudad, en las cercanías de la Batería Sur. Los instrumentos azimutales para las estaciones eran iguales a nuestros antiguos “Wagner Schazer”, pero mas modernos.

El tendido de la red delinea telefónicas fue encargado a otro Sargento gringo Universitario, su apellido era Finker y su ayudante, chileno, era mi Cabo Guajardo. Mi Cabo Guajardo fue mas inteligente que el “Chilote Cárcamo” y en las semanas y meses que anduvo solo con el gringo Finker, cerro arriba y cerro abajo, se propusieron no hablar castellano, sino ingles, de donde resulta que mi Cabo Guajardo, hablaba mas tarde ingles con mucha facilidad no así mi Cabo Cárcamo que no aprendió ni jota con el otro gringo.

Quisiera recordar que, los militares norteamericanos de Tocopilla tuvieron, desde su llegada, un profesor chileno de castellano y aprendieron nuestro idioma con bastante facilidad, especialmente aquellos que tenían estudios de enseñanza superior de tal manera que, al final del año, hablaban mejor castellano que nosotros, debido, en parte, a que ellos aprendieron castellano puro, sin modismos.

Y llegó, el final de año y con ello el Tiro sobre blanco remolcado. Se aprovechó la oportunidad que la Escuadra Nacional estaba de paso en el puerto, y en ella viajaba, además, el Ministro de Defensa Nacional, que era en ese momento el Sr. Alfredo Dualde.

Ante todas las altas autoridades navales, presididas por el Ministro de Defensa Nacional, rompió el fuego la Batería Sur, al mando de mi Teniente Orellana Lillo. Los cálculos previos los hizo Control, con un chileno en cada instrumento, pero siempre supervisados por el correspondiente “gringo especialista”. En cuanto a las correcciones de espoteo en sentido lateral, mi Teniente Orellana empleó un corrector chileno, que consistía en dos discos manuales superpuestos; puso en ese puesto a mi Cabo Castillo Bailey.

La primera salva cayó bien en distancia, pero abierta en sentido lateral. Mi Cabo Castillo hizo las correcciones y la segunda salva cayó mas abierta, la tercera mas todavía y, cuando se quiso corregir, ya se había acabado la munición. El gringo del tablero de deflexión despotricaba en ingles y en castellano, y yo creo que hasta en piel roja.

Cuando el Comandante de Batería fue donde el Ministro a darle cuenta de la terminación del ejercicio, este le preguntó: “¿Qué le pasó teniente?, el le contestó: “Me equivoque de Cañón, Sr. Ministro”

¿Qué había pasado?. Algo muy sencillo. Mi Cabo Castillo había corregido al revés.

Después disparó la Batería Norte, como se recordará al mando del Gama Navarrete Torres, con resultado que fue considerado excelente.

Quisiera recordar que, en lo social, yo diría que la llegada a ese pueblo de alrededor de un centenar de Artilleros, fue impactante. Eramos gente nueva y desconocida. Ellos conocían a los marineros de los buques que recalaban allí de tarde en tarde, pero de paso y unos 3 o 4 de la Gobernación Marítima, pero cosacos no habían visto nunca. Hubo una especie de revolución en el elemento femenino joven. Muchos se casaron con tocopillanas. Entre ellos nuestro Segundo Comandante Orellana, que contrajo matrimonio con nuestra dentista, la Señorita Amanda Letelier, un monumento de mujer. También el que escribe estos recuerdos.

Por otra parte, el grupo creó un equipo de fútbol, que participaba en la Liga de la ciudad, con buen éxito. En atletismo, teníamos buenos elementos que nos representaban en los campeonatos regionales.



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

También hicimos presentaciones de Gimnasia Rítmica, con los componentes de la institución. Estas presentaciones de Gimnasia en el estadio de la ciudad, fue, talvez, lo mas impactante. Fue tal la admiración de la comunidad que fuimos invitados a Maria Elena. Allí nos trasladamos en una flota de vehículos y repetimos el espectáculo en el estadio de esas Oficina Salitrera, ante la expectación de la población en masa.

Para el año nuevo organizamos una fiesta bailable, con el colectivo ornamentado con luces y guirnaldas. La fiesta fue en la terraza del edificio. Yo le oí exclamar a un alto personaje de la ciudad “Ustedes son capaces de cualquier cosa. Nosotros no tenemos aquí ninguna organización para hacer algo semejante”.

También a fin de año, vimos partir hacia el sur a nuestro querido Guardiamarina Benitez, a reponerse de los daños “estructurales” que sufrió al chocar su jeep con el camión de la carne del chino Chau. En su reemplazo llegó un Gama de 2ª clase, se llamaba Sergio Huidobro Justiniano.

En marzo de 1943, los soldados norteamericanos se aprestaban a volver a su país, pero antes, la superioridad de nuestra institución, dispuso unos cursos con profesores militares gringos. Participaría personal de los 4 grupos Motorizados, uno 12 hombres por unidad. Los ramos serian Control, Material Motorizado y Armas Automáticas y Proyectoros.

Así fue como una tarde, el petrolero “Rancagua” de nuestra Armada, que traía petróleo de los países del norte, paso a “recogernos” a Tocopilla, Antofagasta y Chañaral. Nos dejó en Valparaíso y de ahí a San Antonio, en bus. Allí nos recibió el Comandante del Grupo, un jefe muy recordado por la gente de ese tiempo, me refiero a don Fernando de la Paz Besauain, acompañado de su ayudante, el Guardiamarina Luis Cabezón Acevedo. Después de una larga arenga, quedamos instalados en el Cuartel

Servía de cuartel un edificio de ladrillos, inconcluso, que estaba a mitad de camino entre San Antonio y Llole.

Los curso eran súper acelerados. Teníamos 10 o 12 pruebas diarias y comenzaron a las 08.00 horas del día siguiente a nuestro arribo. Esa fue la gran novedad, porque en ese tiempo, en nuestra Armada, los cursos eran de un año, a partir desde febrero o marzo. El primer mes se perdía, en espera de los alumnos que debían llegar de los diferentes puntos del país.

Aquí no. Además de empezar de inmediato, las clases se hacían de la siguiente forma: nos hacían 10 minutos de clases, nos entregaban una hoja con 20 preguntas, a mimeógrafo, nos daban media hora para estudiarla y a la sala a dar la prueba de esa materia, y así todos los días. El curso duró un mes y casi nos volvimos locos de tanto estudiar y rendir pruebas.

Al final, a todos nos fue bien. Nuestro curso debía terminar con un ejercicio práctico de tiro antiaéreo con ametralladora de 0,50 ; de esas de chaqueta de agua para enfriamiento. Agua que se hacía circular por medio de una bomba de mano, cuyo sirviente estaba por ahí cerca, metido en un hoyo.

Para este ejercicio nos trasladamos a unos cerros pelados, en la ribera norte del río Maipo, mas allá de Lolleo, mas o menos a la altura de "Tejas Verdes". Allí instalamos 4 ametralladoras; dispararíamos sobre globos que elevaríamos nosotros mismos, turnándonos. Como soplaba un viento sur fuerte, fue necesario elevar los globos del otro lado del río. Hay una cosa que nunca he podido recordar y es: cómo cruzamos el río, si en bote o había por allí algún puente, a lo mejor lo hicimos caminando, no lo recuerdo.

El hecho es que los globos los elevamos al abrigo de unos montículos de arena, producto de las crecidas del río en invierno. Como profesor, teníamos a un gringo experto en elevar globos. El trabajo se lo sabía a la perfección, pero yo creo que era lo único que el gringo sabía hacer en la vida. Hicimos el tiro y todo salió bien. Terminados los cursos, el personal volvimos a nuestras respectivas unidades. En ese tiempo yo tenía el grado de Cabo 2º .

Y pasaron 12 años . En octubre de 1955, yo me encontraba en la Escuela Naval, integrando el curso de Oficiales de Mar, con el grado de Sargento 1º. En esa fecha, la Escuela Naval se embarcó con todos sus efectivos en el transporte Pinto. Zarpamos un atardecer de Valparaíso, recalamos en Talcahuano, posteriormente en Corral. El Pinto se metió por el Chacao hacia el este, después puso proa al sur, por el corcovado, hasta acercarse a la costa de Chiloé continental, mas o menos a la altura de Castro. Allí había un aserradero. Ahí el Pinto, sacó de sus bodegas, utilizando sus poderosas grúas, un enorme cajón que pesaba algo de 40 toneladas. Se decía que contenía una máquina secadora de madera; la depositó sobre un buquecito que atracó a su costado. Este casi se hundió, le entraba agua por la borda, pero alcanzó a llegar a la playa.

De inmediato el Pinto puso proa al norte, siguiendo la misma ruta de ida. Pero aquí surgió un problema: la Escuela Naval consultaba en su programa, un ejercicio de tiro antiaéreo cubriendo el material del buque, turnándose los cadetes. Se

debía disparar sobre globos que elevaría el mismo buque. Pero aquí empezaban las dificultades. No había a bordo nadie que supiera elevar globos. De repente se oyó por los poderosos parlantes del buque, una voz que decía: "Si existe a bordo alguna persona que sepa elevar globos, pase a la Guardia, en popa". Yo me quedé pensando y recordé mi aprendizaje, allá en las riberas del río Maipo, años atrás. Me dirigí a popa. Allí había 3 oficiales: un Capitán de Corbeta, 2º Comandante del buque, un Teniente 1º y un Teniente 2º, que era el Oficial de Guardia. El Capitán conversaba con el Teniente 1º y gesticulaba y accionaba las manos, daba la impresión que estaba enojado.

Me acerque a él y le dije:" Primero Moreno se presenta mi Capitán". "Si- me dijo- qué desea". "Yo sé elevar globos", le manifesté. "Vaya- me dijo- que curioso, llevo 500 marinos a bordo y nadie, absolutamente nadie, sabe elevar globos, me incluyo yo, y ¿sabe cuantos cosacos llevo a bordo?". "No, mi Capitán", le contesté. "Uno, me dijo, solo uno. Usted. Y ese uno sabe elevar globos ¿Dónde aprendió?". "Hace años de unos militares norteamericanos, mi Capitán", le contesté. "Que bien, parece que usted nos va a sacar de un grave aprieto- me dijo- y ¿qué necesita para elevar los famosos globos?". "En primer lugar los globos" le manifesté. "si claro, me dijo, y que mas?". Unos 8 cadetes que me ayuden a sujetar".

Me ordenó que me pusiera a las ordenes del Teniente 1º que resulto ser el Oficial Artillero, quien me dio todo lo solicitado. Agarré mis globos y mis cadetes y me fui a toldilla, bien a popa. Allí había unos cilindros metálicos de 1.50 m por un diámetro semejante, que habían sido casamatas durante la guerra y que se le había retirado el armamento. Me metí dentro con 3 cadetes y una caja de fósforos. Los globos, en numero de 40, eran de unos 3 metros de alto y con un combustible vegetal, impregnado de parafina en la parte inferior. Los otros cadetes me mantenían el globo en forma vertical.

Para elevar globos, todo consiste en que sea una parte abrigada, para que el viento no lo hunda de los costados y se queme antes de estar inflado por el gas. Lo ideal sería elevarlos dentro de una casa sin techo.

Elevé todos los globos, no se me quemó ninguno y , así, la Escuela pudo cumplir su programa, y todo porque entre 500 marinos, había un cosaco.

He contado esta anécdota para decirles a los jóvenes que esto, que nosotros somos los mejores entre los buenos, no es cosa de ahora, sino es de siempre, y que ellos no son sino nuestro herederos.

A principios del año 1943, o a fines de 1942, si mis recuerdos son buenos, contaré que zarpó de Valparaíso, con rumbo a Juan Fernández, el Teniente 1º Raúl Rossi

Contreras, con un solo oficial, el Teniente Aguirre y el personal y material para montar una Batería de 2 cañones de 152mm L/50 y todos sus accesorios. Debíó expropiar terrenos y casas para él y su gente y el sitio donde instalar los Cañones. El Teniente Rossi cumplió su cometido a través del año.



(Fuente: Archivo Histórico Legión IM)

En marzo de 1944, llegó a relevarlo, con nueva dotación, su compañero el Teniente Orellana Lillo, transbordado desde Tocopilla. Le acompañaba el Teniente Francisco Araya Prorromant. Esta nueva dotación continuó la obra de la anterior, yo formaba parte de ella.

Debíamos construir una Santa Bárbara y una cuadra para el personal.

Es conveniente hacer notar que a la isla aún no había llegado la rueda. El carruaje mas moderno era el trineo, que era muy usado para transporte. El material para la Santa Bárbara hubimos de acarrearlo a lomo de cosaco. Había un elemento que era escasísimo, este era la arena. Debíamos robársela al mar, cuando la ola se recogía y después llevarla al hombro en sacos, chorreando el agua. Pero, terminamos la Santa Bárbara.

Para la construcción de la cuadra, la Armada había hecho un contrato con la Compañía Constructora Salinas y Fabres, que la Compañía ponía: un Jefe de Obras, un Carpintero, un Gásfiter y un Albañil. La mano de obra la ponía el cosaco, con el propósito de abaratar los costos.

Esto no es de extrañarse, porque siempre hubo en nuestro personal hombres con conocimientos en cuanto oficio existe. Recuerdo que en una oportunidad le oí decir al Almirante Rossi, y creo que con mucha razón, que en nuestro personal estaban todas las especialidades, desde construir casa hasta empanadas. Me parece a mi que la razón de todo esto tiene su fundamento en que antiguamente, el hombre que ingresaba a nuestra institución, ya llevaba algunos años de trabajo en el mundo civil, allá en su tierra natal.

A fin de año hicimos un buen tiro, sobre un blanco remolcado por un bote pesquero y, en otro semejante iba el rastrillo, manejado, o servido, por mi Suboficial Bahamondez.

La isla, en esa época, tenía una población de unas 500 personas, todas parientes entre si. El aislamiento obligaba a casarse entre ellos, de manera que la chiquilla o el joven no tenía mucho donde elegir. Por tanto desde muy chicos sabían quien sería su futuro cónyuge.

Había 3 familias de mas "alcurnia": Los Rivadeneira, encabezados por don Teodoro. Se sabe que este apellido esta ligado a la familia real de Austria. Los Schiller, descendientes de dos hermanos que habían llegado a la isla hacia mucho tiempo, que ya habían fallecido, pero estaban sus numerosos descendientes. Los De Rot, descendientes del Conde de Rot, que había venido de Francia a auto-aislarse. En esa época quedaban sus descendientes, con toda la estirpe de su nobleza, y, por supuesto, sus correspondientes taras, pero en su vida diaria eran simples pescadores de langostas.

Como los todos pescadores chilenos, con la honrosa excepción de los chilotes, estos pescadores vivían a espaldas a la tierra; no sembraban ni una papa. Todo lo esperaban de Valparaíso y, en el invierno, cuando no iban las goletas pesqueras, empezaba la hambruna y con ella los lamentos, hasta que la Armada debía enviar un buque con abastecimientos.. Creo que esta situación se mantiene hasta hoy día. Yo les preguntaba por qué no sembraban, me decían que no se daba nada.

Yo, que iba recién casado y había arrendado una modestísima casa, la última de la calle principal o única, arriba en el cerro, frente a la "noble" familia Rivadeneira, cultivé un pedazo de tierra en el patio de mi casa y sembré papas y planté

cebollas. Ambas se me dieron en forma abundante y de buena calidad, como un desmentido a su flojera. Al ver mi cosecha me decían que había tenido suerte.

Por otra parte, cuando hacíamos excavaciones para las nuevas construcciones, encontrábamos cadáveres en abundancia. Un día encontramos el de un Oficial en que los galones estaban intactos. Se decía que, una Escuadra inglesa había recalado alguna vez atacada su tripulación de una epidemia que le causó muchas bajas. Además, estaban los piratas que se refugiaban en la Isla y que enterraban ahí sus muertos.

Había en la Isla chivatos salvajes. Estos animales eran descendientes de los que los piratas llevaban como “carne en pie”, varios siglos atrás, y que habían logrado llegar a tierra, después de hundirse los buques, por los fuertes temporales que se desatan allí, en la época de invierno. Hace tanto tiempo que estos animales llegaron a la isla, que han adquirido un color especial, para mimetizarse con las piedras de los cerros. El color es café claro con manchas plomizas, de manera que es muy difícil descubrirlos entre los roqueríos de los cerros,. En cambio, los chivaos domésticos eran de un solo color.

Tuve el raro privilegio de leer el libro de Daniel de Foe “Robinson Crusoe”, un día sentado en la cueva que usó como vivienda el mariner inglés Alejandro Selkirk, protagonista del libro, y que históricamente se sabe, fue “botado a la playa” por su Comandante, por mala conducta, castigo que era frecuente en esos tiempos.

También, estaba allí el Crucero Alemán Dresden, a muy poca profundidad, de modo que, cuando el mar estaba claro, se le podía ver posado en el fondo. Y, en el cementerio local, la tumba de seis marineros de la tripulación, que murieron por encontrarse de Guardia, a bordo, en el momento del ataque de la Escuadra inglesa. El resto de la tripulación, estaba vivaqueando en tierra.

Cuando llegó el 1º de Noviembre y, como no teníamos deudos en el cementerio local, fuimos, mi mujer y yo, a depositar un ramo de flores, en la tumba de los alemanes, con una pequeña tarjeta que decía: “A los que, lejos de su Patria, murieron cumpliendo con su deber”.

A fines de ese mes de Noviembre, del año 1944, la Unidad recibió ordenes de abandonar la Isla y trasladarse a Valparaíso. Para tal efecto, fondeó en Cumberland, el Araucano que nos trajo a Valparaíso con “camas y petacas”, quedando 2 cabos con sus familias, al cuidado del Cuartel y material.

También he de recordar, que uno de los sobrevivientes del Dresden, volvió a la Isla, después de la guerra y construyó, a los pies del cerro El Yunque, una

hermosa vivienda, hecha de varas sacadas del bosque circundante. Para formar su hogar escribió a su patria que le mandaran por vía marítima una novia. Contaban los viejos de la Isla, que la primera novia no fue de su agrado y la devolvió. Le mandaron otra y con ésta fundo su hogar en la isla. El hombre era de apellido Weber. En ese tiempo ya estaba en el continente, en Villa Alemana. Lo sacaron de la isla porque lo acusaron de espía; su casa quedó abandonada y fue consumida por el tiempo.

Como se recordará, los tripulantes del Dresden fueron traídos a la Isla Quiriquina, donde fueron internados y liberados al final de la guerra, en 1918. También que uno de los interpretes, Enrique Eastman, había continuado la carrera hasta Suboficial Mayor. Cuando jubiló, volvió a su tierra, Ercilla, donde falleció hace muy poco tiempo. Pero, también quisiera contar que, a comienzos del año 1959, cuando Comandaba el Regimiento Talcahuano don Luis Urzúa Merino, llegó a nuestro Cuartel Central una delegación de Suboficiales en retiro de la localidad, acompañados de un hombre de aspecto extraño, a saludar al Comandante. Yo los recibí en la Guardia, tenía en ese tiempo el grado de Teniente 2º, y me presentaron a la otra persona y el Suboficial Nemesio Sepúlveda me preguntó si lo conocía, lo observé unos instantes y me encontré con un hombre muy alto, muy flaco, pero con buena caja anatómica, gringo de aspecto y vestido como tal, con una camisa a cuadros, de esas que usaban los vaqueros y los leñadores norteamericanos y un sombrero de anchas alas. Debí confesar que no, lo había visto nunca, entonces los chilenos me dijeron: "Si es Eastman, Teniente Moreno". Yo tenía un concepto muy diferente de mi Primero Eastman, no tenía nada que ver con este ciudadano que tenía enfrente, pero era mi Suboficial Eastman. El Sr. Almirante se debe acordar de esta visita .

Quisiera contar que, cuando el teniente Rossi estuvo en la Isla, lo hizo acompañado de su esposa, la Señora Chana y que ella realizó allá, entre las familias de la Isla, una muy importante labor social, que aún se recuerda. Así me lo han manifestado los viejos isleños con quienes he conversado en los últimos años. Adelantándose al tiempo, ella hizo una obra semejante a lo que hoy día son los Centro de Madres.

Por esos años llegó otro armamento nuevo a nuestro Cuerpo. Me refiero a la Batería Antiaérea Rodante y Rebatible, a cuyo mando estaba el Teniente Luis Urzua Merino, y estaba acantonada en el Fuerte Valdivia. Mas tarde se trasladó al Fuerte Vergara y se utilizaba para el tiro antiaéreo de Escuela.

La novedad de este material consistía en que los cañones se apuntaban por medio de un Director. Hasta ese entonces, nosotros no habíamos tenido este

sistema de procesar datos y enviarlos automáticamente a los cañones, además, el espoteo se hacía en el Director.

En el año 1945, el Grupo Playa Ancha disparó con la Batería de 280, al mando del Teniente Carlos Vial Castro y la Bari, al mando de un Teniente de apellido Castañeda, a quien no he vuelto a ver.

El año 1946 fui transbordado a la Escuela de Artillería Naval de Las Salinas, en Viña del Mar, al curso de re-calificación, de manera que me alejé de nuestra institución.

A fines de ese año, terminado el Cuso, fui destinado al Grupo Vergara, que funcionaba en el Fuerte del mismo nombre, junto a la Escuela IM.

El Fuerte Vergara era algo especial, allí – como dije mas atrás- funcionaban dos unidades: el Grupo Vergara y la Escuela IM,. En ese tiempo el Comandante del todo era don Eugenio González Noli, con el grado de Capitán de Fragata. Era este jefe un tanto fregado, pero de esos que la tropa califica de “harto Comandante”. Todos los días tomaba el parte de ambas unidades y nos hacía una corta “arenga”, con mucha energía, pero no carente de humor, que a la tropa le gustaba. Tenía una máxima que repetía con frecuencia: “Conmigo el hilo no se corta por lo mas delgado, se corta por donde debe cortarse”.

Una de sus muchas “arengas” que recuerdo fue la siguiente: “ Vamos a hacer un convenio- nos dijo- porque todos somos orgánicamente iguales, pero tenemos algunas capacidades diferentes, me refiero a la cantidad de vino que somos capaces de ingerir sin emborracharnos. El que se emborracha con 5 litros, se va a tomar 4, nada mas, de aquí en adelante.. Yo – dijo- con 6 litros me emborracho, por eso solo me tomo 5, y, por lo tanto, eso van a hacer ustedes, de aquí en adelante”.

Este Fuerte tenía varias particularidades, por funcionar allí la Escuela. Era, y debe seguir siendo, una especie de “cuello de botella”, en el camino de nuestra institución. Por allí pasaban mas de una vez, todos los Infantes de Marina, tanto de tropa como oficiales. Era cuestión de esperar y cada año llegaban de a lo largo del país, el personal a cursos.

Era interesantísimo ver a camaradas que no veía hacia años. Ellos traían noticias frescas de la zona que acababan de dejar. Durante el año podía alternar con ellos, enterarme de sus inquietudes en sus estudios y la angustia de aquellos que no les iba bien y que debían abandonar la Armada en plazo corto.

Voy a contar un caso patético y que dice cuanta razón tenía aquel poeta que dijo: “En este mundo traidor, todo es verdad y es mentira, porque todo es del color del cristal con que se mire”.

Había en nuestra institución un servidor de nombre José Aros Marín. Era un hombre muy querido tanto por Oficiales como Suboficiales y la tropa en general. De formas militares intachables, atento, cumplidor de sus deberes, como el mejor. Así, hizo una brillante carrera, hasta que un día de Marzo de allá por 1948 llegó, procedente de Talcahuano, a la Escuela IM con el grado de Sargento 1º a hacer curso reglamentario correspondiente.

Era costumbre entre el personal hacer cábalas acerca de quienes ocuparían los primeros puestos, en sus respectivos cursos, al finalizar el año de estudios. En ese año mi Primero Aros era el favorito. Pero, un día a mediados de año, lo encontré solo en uno de los patios y aproveché de preguntarle cómo le iba en el curso y su respuesta fue: “A trastabillones voy”. Y así fue como mi Primero Aros, antes de terminar el año de estudios, junto a otros compañeros, fue separado del curso por su bajo promedio de notas.

Semanas más tarde, terminaba el año escolar. Para celebrar este acontecimiento y despedir a los alumnos que regresaban a sus zonas de origen, se efectuó un almuerzo general en los comedores de tropa. A mi me tocó sentarme al lado de mi Primero Aros y en la conversación surgió- como es natural- su fracaso en el curso y él me contó su tragedia desde su punto de vista, y fue la siguiente:

“Cuando me separaron del curso, me llamó a su oficina el Director de la Escuela (Comandante Bascuñan Arancibia) y me dijo lo siguiente: “Mire Aros, yo lo conozco a Ud. desde conscripto. Ha trabajado Ud. a mis órdenes durante mucho tiempo a través de los años y a lo largo del país, y Ud. fue siempre un servidor excelente con cualidades excepcionales, tanto militares como personales. Todo esto, mi 1º, hasta que Ud. llegó a Cabo 1º. Fue Ud. un buen Sargento 2º y un buen Sargento 1º, pero para Suboficial. Ud. no sirve; sería un deficiente servidor en ese grado y uno de los fines de la Escuela es evitar eso. El Suboficial es otra cosa, mi 1º. El Suboficial tiene que ser un hombre capaz de razonar, sacar conclusiones. Tiene, además, que reemplazar al Oficial cuando éste no esté. Ud. mi 1º, no está capacitado para eso y , por lo tanto, ha llegado hasta donde debía llegar”.

Me agregó, además: “Dígame Ud. compañero, ¿Cómo entiende Ud. esto, Cómo?. Si yo he sido todo lo bueno y capaz que me dijo mi Comandante, ¿Cómo es que ahora, con tantos años de servicio y toda mi experiencia, me he echado a perder y no sirvo para nada en la institución?”.

Quisiera contar aquí un proyecto que creé, después de mi conversación con mi 1º Aros, y que expuse un día en la Cámara de Suboficiales y Clases y que, en síntesis, es el siguiente:

“He observado, les dije, que entre nosotros hay hombres ideales para cada grado, pero como la Armada lo asciende a uno aunque no quiera, los saca a muchos del grado en que es mas útil y lo lleva a un plano superior donde va perdiendo eficiencia y, al final de varios ascensos, algunos no sirven para nada y deben abandonar la Armada con el daño correspondiente desde el punto de vista familiar y pecuniario. Mi idea consiste en que al hombre se le ascienda en grado hasta donde resulta mas eficaz en el servicio. Porque hay entre nosotros Cabos que parece que fueron hechos para ese puesto, su desempeño es excelente, ya sea como “culatas” en artillería, como Cabos de Guardia, como Comandantes de Escuadra; pero de Sargentos serían mediocres y, en los grados superiores no servirían.

Pero ese hombre, como ser humano, y en especial como padre de familia, tiene el deber de educar a sus hijos para entregar ciudadanos útiles al país. Entonces, se les debe seguir ascendiendo el sueldo, hasta Suboficial Mayor. Con esto tendríamos hombres muy eficientes en todos los grados”.

Puse, en esa oportunidad, como ejemplo, a un cabo de apellido Valdivia, que estaba presente y, según yo, reunía cualidades excepcionales para ese grado pero, no serviría para grados superiores.

El resultado de mi exposición fue que faltó muy poco para que me dieran una paliza, me acusaron de muchas cosas.

Y pasaron unos 12 años, y en marzo de 1960, llegué trasbordado al Batallón de la Frontera Nº4 Cochrane, de Punta Arenas, en Río de los Ciervos y allí me encontré con mi 1º Valdivia. Después de los saludos de rigor, le pregunté que puesto tenía en la organización del batallón, ante mi asombro me dijo; “Ninguno”.

“A ver- le dije- acláreme eso”. “Nominalmente- me contó- pertenezco a la Compañía de mi Teniente Toledo, donde tenía el puesto de Sargento Guía. Pero hace un tiempo me echó de su Compañía, por inservible. Dice que no le sirvo para nada que no sea estorbo en su Unidad, y aquí estoy “varado” en el Cuartel, esperando transbordo para “irme para la calle”.

Le recordé a Valdivia de mi proyecto y que, si se hubiera hecho realidad, él seguiría siendo un excelente Cabo. Me dijo “A lo mejor Ud. tenía razón, mi Teniente, pero ahora ya estoy perdido”. Así ocurrió, mi Primero Valdivia llegó

donde debía haber llegado. Pero él no lo entendía. Se fue frustrado y amargado. Regresó al norte y no lo he vuelto a ver.

La Escuela seguía con sus instructores de corte antiguo. Hombres que habían sido seleccionados a lo largo del país, de excelentes cualidades militares, pero, dado su bajo nivel educacional primario, no tenían concepto de nada, no entendían “el por qué” de las cosas. Eran hombres prácticos solamente, y, en este terreno había algunos muy buenos, como los Suboficiales Huitrallao y Sanz, pero había algunos muy mediocres, como mi Primero Valdebenito. Se perdía el tiempo en detalles sin importancia, del armamento. Pero donde esto era mas grave, diría que era en el Control. El ajuste de la mesa y el tablero de deflecciones era todo un misterio. Otro tanto ocurría con los telémetros, en que se perdía el tiempo en aprender detalles como: número de rodets o manillas de operaciones. En ver el número de bolitas, diámetro de éstas y peso de los rodamientos. Pero no tenían idea como el telémetro solucionaba el problema para entregar la distancia.

Otro tanto ocurría con la nivelación y orientación de los instrumentos azimutales, operación tan sencilla. Y, así, tantas cosas sencillas que se les hacía aparecer difíciles, debido a que en sus conocimientos no apareció la Geometría, aunque fuera en sus principios básicos.

Pero por ahí por el año 1953, la superioridad de la institución, cambió los planes de estudios y también los instructores, y desde entonces - creo yo- nuestro Cuerpo IM sufrió un cambio positivo en la capacidad técnico- intelectual de su personal. Pero, como es natural, debió esperar un par de décadas, hasta que el personal de corte antiguo se “envejeciera” y se acogiera a retiro. De manera que los nuevos elementos que empezaron a salir de la Escuela, desde ese entonces para acá, eran otra cosa.

Voy a contar dos anécdotas que me ocurrieron:

La primera sucedió en las primeras semanas del mes de Septiembre del año 1947. Las tropas del área de Valparaíso se alistaban para concurrir a la Gran Parada Militar en el Parque Cousiño de Santiago, el 19 de ese mes. Yo pertenecía a la Compañía al mando del Teniente 2º Julio Navarrete Torres. La tenida para desfile sería chaqueta azul y pantalones blancos. Para eso se nos había entregado a todos, en el pañol, un pantalón blanco de loneta que, cuando eran nuevos, no eran completamente blancos sino un tanto amarillentos.

Un día a la llamada de la 08.00 horas, recibimos la orden que la Compañía Navarrete debía formar llevando el pantalón blanco en la mano. Una vez formados en la cancha de fútbol de la Escuela, vimos aparecer a nuestro Comandante de

Compañía acompañado de un soldado con el correspondiente pantalón en la mano. Una vez que hubo tomado el pantalón del Soldado, mi Teniente Navarrete, se dirigió a la tropa en los siguientes términos:

“Poner atención la Compañía: Este pantalón que tengo en la mano es igual, es de los mismos que tienen Uds., pero éste está no blanco, sino albo, en cambio los de Uds. están un tanto amarillentos. Lo que pasa es muy sencillo. Este hombre que está aquí a mi izquierda, tuvo la feliz iniciativa de llevar el pantalón a su casa y lo hirvió en agua con cloro y ya ven ustedes el resultado. Con el propósito que todos desfilemos en Santiago, con chaqueta azul y pantalón verdaderamente blanco y , también, porque es mi deseo que la Compañía Navarrete sea la mejor presentada en Santiago, aunque sea por la blancura de los pantalones, es que vamos a someter los 90 pantalones a un hervor de agua con cloro. Para cumplir esta tarea, vamos a nombrar aquí una comisión”.

Se nombró la comisión, compuesta por 12 hombres, encabezados por el Sub Oficial Omar León, 2 Sargentos, 4 Cabos y el resto conscriptos.

“Entre los árboles, detrás de la Escuela, hay unas marmitas en desuso, van a llevarlas a las cercanías del bagaje y van a hacer hervir el agua. Mientras tanto, van a ir cada uno de ustedes a la Cuadra y van a traer dinero, para comprar el cloro”. Y, dirigiéndose al Sub Oficial León le dijo:”Yo le facilitaré un jeep para que mande un par de hombres con el dinero recolectado a comprar cloro a la ciudad. Toda la plata en cloro, no se olvide que mientras mas cloro, mas blancos quedarán los pantalones”

Mi Suboficial León cumplió la orden al pie de la letra y, cuando llegó el cloro, la marmita hervía a borbotones. Se le vació el cloro. No sé cuanto sería pero yo ví varios chuicos. Enseguida echaron los 90 pantalones de a uno por uno. Mientras tanto, los conscriptos, se esmeraban en echarle leña al fuego.

Cuado había hervido un tiempo prudente, se ordenó revolver la marmita, pero se enteraron con profunda extrañeza que ya no había pantalones, sino que una especie de engrudo blanco matizado de unos puntos negros. Estos últimos eran los botones metálicos de los pantalones.

Durante el año 1948. mi Teniente Navarrete quedó en la Escuela como profesor del curso de Comandantes de Batería, para Oficiales. En ese año los alumnos eran los Tenientes 2º: Arturo Alvarez Agüero, Luis Cabezón Acevedo y Manuel Benítez Lagos.

Como recordarán los antiguos legionarios, los Cañones 152mm L/40 de la Batería Sotomayor tenían un mecanismo para amortiguar y controlar el salto vertical del Cañón, en los momentos en que el proyectil abandonaba la boca. Este mecanismo estaba a la izquierda del cañón, cerca de la culata y consistía en una especie de embrague que le permitía y salto relativo al Cañón. Era un eje en que iban incrustados una serie de discos de bronce de unas 10 “ de diámetro por 0.5” de espesor. Los discos tenían en una de sus caras unos círculos en profundidad y excéntricos y secantes entre ellos, de manera que la superficie del disco, se dividía en varios segmentos y sectores circulares.

Al alistar la Batería, el Armero debía lavar con alcohol los discos, de modo que no quedara en ellos ni una muestra de aceite, para evitar el resbalamiento excesivo. Referente a esto círculos, siempre había tenido yo la inquietud de saber para qué servían. Los Sub Oficiales antiguos a quienes consulté varias veces, no sabían o me daban respuestas insólitas. Pero, un día de ese año de 1948, tenía yo desarmado el mecanismo del Cañón II. En eso llegó mi Teniente Navarrete con sus tres alumnos y me dijo: “Mira armero, voy a aprovechar este mecanismo que tienes desarmado, para enseñarle a los Oficiales; anda tú a trabajar al otro cañón”.

Me fui al Cañón I. En ese momento soplaba un viento sur fuerte, y yo oía, sin querer, todo lo que el profesor le enseñaba a sus alumnos. En un momento el Teniente Navarrete tomó un disco y mostrándoselo a los alumnos les dijo “ A ver Señores Oficiales, me van a decir para qué sirven estos círculos excéntricos que tienen los discos”. Ninguno de los Oficiales supo contestar. Yo me dije, esta mi oportunidad para salir de mi antigua duda. Entonces el profesor les dijo: “Estos círculos, Señores Oficiales, sirven para achicar la superficie de contacto, con el propósito que haya mas agarre, como el caso de los neumáticos de los vehículos motorizados”.

Dos minutos después yo acerté a pasar cerca de ellos y el Teniente Navarrete les dijo a los Oficiales-alumnos: “Les apuesto que este Sargento sabe; me llamó y me hizo la misma pregunta. “Mi Teniente- le dije- esos círculos sirven para achicar la superficie de contacto, de manera que haya mas agarre”. “¿Ven- les dijo- el Sargento sabe”. Y mirándome por encima de los anteojos sin marco, que usaba, y de manera no oyeran los Oficiales, me dijo “Si h....n, tú has trabajado conmigo en otra zona”, y yo no hacía 5 minutos que lo había aprendido.

En los primeros días de enero de 1953, un incendio redujo a cenizas el edificio que quedaba al lado Sur del patio de la Escuela. La mitad oeste del edificio en referencia, se había habilitado para Casino de Sub Oficiales. Por primera vez los Sub Oficiales y Clases tenían un verdadero Casino. También se quemó la Armería

y la Sastrería, que funcionaban en locales del mismo edificio. Al parecer, el incendio empezó en la Sastrería. El Marinero sastre tenía un amigo, también marinero, que tenía llave. Este hombre, según se supo después, llegó de franco en la noche con cierto grado de ebriedad, pasó a la sastrería a planchar la tenida, pero se olvidó de desenchufar la plancha. Lo demás es fácil imaginárselo.

En los primeros meses del año 1953, llegó a la Escuela, el primer contingente de Aspirantes a Oficiales. Era algo nuevo. Los aspirantes eran una cosa diferente a todo lo que yo había visto a través de mi carrera, en cuanto a personas se refiere. Como se comprenderá, era un pequeño grupo de 30 jóvenes de un nivel educacional especial. De otro nivel social; muchachos con todo el entusiasmo de la juventud. El Servicio Militar, para ellos, era una maravillosa aventura.

En este primer contingente le correspondió ser sus Oficiales instructores al Teniente Claudio Collados Núñez y su ayudante fue el Teniente Pedro Castro Bustos.

Yo, por mi parte, aunque nada tenía que ver con ellos, que no fuera cuando estaba de Sub Oficial de Guardia, me acerqué a ellos y no perdía oportunidad para conversar; aprendí muchas cosas de estos jóvenes estudiantes, en el plano cultural y ellos aprendieron de mi, algunas cosas de la vida de cuartel y que no formaban parte del programa de estudios. Prueba de ello es que, 30 años más tarde, cuando se reunieron en la Escuela, con sus instructores, todos se acordaban de mi y me saludaron muy amistosamente. Lo mismo ocurrió con el segundo contingente del año 1954, que estuvo a cargo de los Tenientes Raúl Valenzuela y Fernando Carrasco. Pero, en forma muy especial, con el Contingente de 1955, que estuvo comandado por el Teniente Matías Valenzuela Labra y Copérnico Luna Tardón, y en que yo fui su “Primero de Batería”

Al finalizar ese año escolar, la Escuela realizó tiro con una Batería de 155 mm. y la batería Antiaérea. La Batería terrestre estaba al mando del Teniente Nieto y estaba emplazada en las cercanías del bagaje. La antiaérea estaba a unos 200 metros más al oeste y un poco desplazada al sur. La mandaba el Teniente Collados.

Todo el ejercicio se realizaría en presencia del Presidente de la República don Carlos Ibáñez del Campo.

La primera en romper el fuego fue la batería antiaérea. Apareció la manga remolcada, desde el lado de Reñaca en dirección al balneario Las Salinas. Los primeros tiros quedaron un poco cortos, pero, con la inmediata corrección del espoteador del Director, las granadas explotaron en la manga misma,

destrozándola. El espoteador del Director era el Sargento 1º Armero Manuel Moreno Morales.

Luego venía el tiro de la Batería de 155 mm, sobre blanco remolcado por un remolcador. Este navegaría de sur a norte, pero aquí empezaron las dificultades. El blanco fue volcado por el fuerte viento sur de modo que, para no defraudar a su excelencia el Presidente de la República, se decidió por disparar unas salvas en un blanco hipotético, un poco a popa del remolcador. Pero algo falló en la computación de los datos de la deflexión que recibieron los cañones de modo que la primera salva pasó por encima del remolcador, casi rozando los palos, para ir a caer un poco mas allá. En ese momento en todo el acampamento, por un sistema de altavoces, la voz del relator, Teniente Raúl Valenzuela Pérez, se oyó, lo que decía: “Ch.....”. Fuera del garabato chileno de mi Teniente Valenzuela, no pasó nada mas.

En esa época se iniciaron los ejercicios anfibios de IM, con desembarcos masivos y con medios muy rudimentarios, felizmente, sin pérdidas de vidas, con excepción de un accidente en la Isla Quiriquina en que hubo que lamentar algunas bajas fatales al quedar mal cerrada la compuerta de una barcaza. Al echar marcha atrás para desvararse se abrió la compuerta y la barcaza se llenó de agua, cargada de personal; allí tuvo una destacada actuación en el salvamento de vidas el Sub Teniente Manuel Debelli Riveros.

A principios de 1956, cuando el que escribe estos recuerdos, regresó a Talcahuano, después de 18 años de ausencia, con el grado de Teniente 2º, había habido algunos cambios en el Regimiento. Para empezar, el Regimiento ya no se llamaba Talcahuano, sino Sargento Aldea. El Fuerte Borgoño había sido abandonado como Cuartel Central, el mando se había trasladado al edificio de la antigua Escuela de Ingeniería, inmediata a la Puerta de los Leones. En Borgoño sólo había una Unidad nueva, que era una Compañía del Servicio Militar del Trabajo.

Es bueno reconocer que la Armada nunca quiso reconocer la importancia para el país de este Servicio Militar del Trabajo. El Servicio Militar del trabajo según su reglamentación, debería estar conformado por Oficiales, Personal de Planta y Conscriptos de la Defensa nacional y su misión era ejecutar obras de bien publico, dispuestas por el Ministerio de Obras Públicas, pero la Armada desvió su finalidad y la usó para hacer trabajos para la Armada, en obras sin trascendencia.

Dentro de las obras de trascendencia que ejecutó este Servicio, pero siempre en territorio de la Armada, fue el camino en la Base Naval (T), que une el plan de la

Base con la Población Las Canchas, y cuyo constructor fue, en 90%, el autor de estas líneas, con los contingentes de 1957 – 1958 y 1959.



Talcahuano, Base Naval

Quizás valga la pena contar, como cosa anecdótica, que hace un par de años nada mas, “bautizaron” el camino con el nombre del Jefe de la Base que aprobó el proyecto, Almirante Sr. Hernán Cubillos Leiva. Invitaron a cuanta autoridad de por aquí, también al ingeniero que hizo el plano, pero no invitaron al Teniente que, durante 3 años dirigió la Obra, llevando el control de las cotas, los niveles, los peraltes, los cortes y los terraplenes, además de la conducción del personal.

No es que haya habido desatención, sino sólo desconocimiento. Todo habría sido tan fácil, puesto que el mencionado oficial trabaja, desde hace 10 años, en la Municipalidad de Talcahuano. Me hubiera gustado que me invitaran y no solo a mi, sino a un par de Suboficiales que viven aquí, que tanto se sacrificaron. Hubiera sido hermoso.

Anterior al proyecto del camino a Las Canchas, existía otro, que consultaba poner un ascensor, que partiría en la Plaza Cochrane, a los pies el actual Club de Oficiales. Se hizo el “camino” a pura pala y picota, de este futuro medio de transporte, con trabajo voluntario de gente de la parte alta que saldrían favorecidos, que aún se conserva, pero, hubo cambio de Almirante y se dispuso que se construyera un camino en vez del ascensor. El camino solucionó el problema, a casi la totalidad, para el tráfico de vehículos, pero, me parece a mi, que las dos cosas hubiesen sido lo ideal.

También habían cambiado los Cañones de la Batería Jordán Valdivieso (El Morro), y habían instalado 4 Cañones Antiaéreos de 101,6 mm, que habían pertenecido a nuestro viejo acorazado Almirante Latorre. Eran aquellos que le acorazado tenía en la parte alta de la estructura, que era conocida como “La Isla del Latorre”.

Retrocediendo en el tiempo, quisiera contar que allá por el otoño de 1936, el Regimiento estaba empeñado en trasladar una Batería de 2 Cañones de 152mm L/50, que había llegado de Valparaíso y que habían sido depositados en el Molo 500. Había que trasladarlos al sur oeste de la península, para que se convirtiera en la Batería Charles. Para cumplir la faena, que tenía que hacerse a mano, bajamos desde el Borgoño, al mando de nuestro Teniente Guerrero y la de Marinao, al mando del joven Guardiamarina de Primera Luis Orellana Lillo. Ese día debíamos trasladar una de las corazas, la que habíamos estrobadado adecuadamente. Para el traslado del material no contábamos con otra cosa que no fuera una modesta rampa de madera, con 4 ruedas de carreta, la que nosotros debíamos remolcar con 4 largas tiras, a puro “ñeque de cosaco”. Toda la faena estaba al mando de nuestro 2º Comandante, el Capitán Pizarro, montado en su caballo favorito “Pié de Plata”. A esa misma hora se hizo presente, en el lugar de la faena, el famoso y legendario Contramaestre “A todo Forro”; Torres era su apellido. El Contramaestre se hacía acompañar de una grúa, de esas que se deslizan por una línea de ferrocarril, y con el correspondiente gruero, arriba, en el puesto de operación. El Contramaestre Torres se presentó al Capitán Pizarro y éste le ordenó: “Contramaestre, póngame esa coraza sobre la rampa”. El Contramaestre miró la rampa y miró la coraza y le contestó al capitán: “Mi Capitán, esa rampa no se puede esa coraza”, a lo que contestó el Capitán Pizarro: “Cumpla la orden, Contramaestre, yo soy el que está al mando en esta faena”. “ A su orden, mi Capitán”, contestó el Contramaestre Torres. Entonces el Contramaestre Torres, mano en alto y pito en boca, empezó a dar órdenes al gruero, para que primero izara la coraza, ronzara a la altura de la rampa y arriara lentamente. Apenas la coraza empezó a tocar la cubierta de la rampa, ésta empezó a crujir, los adoquines que formaban el piso donde se apoyaba la rampa, empezaron a saltar

lejos y la rampa se empezó a quebrar. Los radios de las ruedas saltaban para cualquier parte. A todo esto, nuestro Capitán, haciendo caracolear al Pie de Plata, gritaba: "Alto la grúa, alto la grúa" y el Contraмаestre le ordenaba al gruero: "Siga no más, yo estoy al mando de esta faena", hasta que la coraza tocó el suelo y nuestra rampa quedó convertida en leña. Entonces, el Contraмаestre Torres se cuadró ante el capitán y, con la mano en la visera, le dijo: "Cumplida la orden, mi Capitán". Y se fue. Nuestro Capitán estaba tan enojado que no pudo decir nada.

La destrucción de la rampa apresuró el envío desde Valparaíso, de la rampa con ruedas de goma que tantos servicios prestó a través de tantos años y que aún está en servicio en ASMAR (T), de donde deberíamos recuperarla aunque fuera sólo como reliquia, porque aún sigue siendo nuestra.

En la época de la historia que acabo de contar, yo tenía el grado de Grumete. Y pasaron mas de 40 años y en 1979, encontrándome en retiro, fui llamado, junto a otros Oficiales y personal también retirado, a entrenamiento como Reservista y tuve el honor de disparar la Batería Charles, como Comandante de Batería, con el grado de capitán de Corbeta Reservista. Creo que fui el ultimo o el penúltimo Comandante de Batería antes que la Charles fuera desmontada y la llevaran a prestar servicios a otras latitudes.

En los primeros meses de 1960, fui transbordado a Punta Arenas. La Unidad IM era el Batallón de IM N° 4. Su Cuartel estaba a unos 4 kilómetros al sur de la ciudad, en un lugar llamado Río de Los Ciervos. La verdad es que a pocos metros al sur del Cuartel corría un "río" de ese nombre, que acá en el norte no alcanzaría ni para estero, pues su ancho no pasaba de 50 cm. Son, parece, la gente de esa tierra, muy aficionados a llamarle río a cualquier hilo de agua. Es así como, entre Punta Arenas y Fuerte Bulnes, existen por lo menos 20 ríos de este calibre.

El Batallón tenía organización de IM, no obstante, también contaba con A. de C. Es así como en la Isla Dawson había una Batería de 155 mm. que hacía tiro todos los años, con el correspondiente entrenamiento previo. Había, también, una Batería de menor calibre, al parecer de 76 mm, que hacía su ejercicio en el mismo periodo de campaña que el Batallón realizaba a fin de año en la isla.

Si mis recuerdos son buenos, debe haber sido a mediados de 1962, siendo yo Jefe Militar de la Isla Dawson, que un día recibí un mensaje, ya no del Batallón N° 4, sino del Cochrane, hube de pregunta al Continente que quién era el Cochrane. Fue entonces que me enteré que nuestra institución estaba sufriendo una profunda transformación en su organización y en los objetivos primordiales.

Magallanes era un mundo diferente. Desde el clima, la topografía y , en especial, su gente, de costumbres diferentes los chilenos del norte. Eran ellos un poco chilotes, un poco argentinos y un poco magallánicos. Como es natural, quien manda allí es el clima. Con un invierno frío, pero en calma, podría decir que hasta silencioso. Una primavera terrible, fría, ventosa y lluviosa. Un verano y un otoño muy cortos.

Como dije atrás, toda nuestra actividad profesional estaba orientada hacia la IM. Se decía que nuestra Unidad era el batallón de choque de la frontera.

Como la Unidad era nueva aún, nuestro cuartel de Río de los Ciervos, estaba en pleno crecimiento. Había un edificio antiguo, junto al camino, donde funcionaba la parte administrativa de la Unidad, y dos nuevos, mas al interior, en forma de L. Uno de un piso era la cuadra del personal. El otro era de dos pisos; en la parte de abajo estaban las cocinas y comedores y el piso de arriba estaba destinado a dormitorio de nuestro personal. En 1960 se construyó, en la parte de atrás, un galpón metálico, para el armamento mayor, entre ellos una Batería de 155 mm.

En los 3 años que permanecí en la zona, el trabajo de nuestra institución era el mismo; intenso entrenamiento de 2 Compañías de IM durante todo el año: La Charles y la Miller. Al final de la primavera, todo el Batallón se trasladaba a Dawson, donde se cumplían ejercicios del arma de Artillería de Costa, con la Batería de 155 mm que había en la isla y una de 76 mm.

Desde hacía un tiempo existía el propósito de la superioridad de nuestro Cuerpo, de fortificar la Isla Dawson e instalar una Batería de 152 mm L/50 en Punta Kelp, estaban hechos los heridos para el emplazamiento, y se había trasladado a la isla el material correspondiente y estaba, podría decirse, abandonado en la playa, al fondo de la Bahía Willys. Se notaba que los cañones se había intentado arrastrarlos sobre una plancha de fierro, pero se habían enterrado en la arena y en las piedras de la playa.

En el año de 1962, siendo yo, Jefe Militar de la isla, desembarcó el Sub Oficial Justo Muñoz con 15 hombres y con un oficio para mí, en que me nombraba Jefe de la Maniobra y la misión consistía en trasladar el material desde la playa hasta los emplazamientos en la construcción, unos 500 metros de distancia. Se suponía que la faena iba a durar mucho tiempo, se la consideraba difícil, así me lo hacía presente el Comandante del Batallón, pero el Jefe Militar de la isla era un hombre que había adquirido una valiosa experiencia a lo largo de su carrera y a los largo, también, del litoral de nuestro país. Y la faena fue hecha y terminada en una sola jornada de trabajo.

¿Qué se hizo?. Aprecié la situación e hice cortar 2 árboles, del bosque inmediato, de regular grosor y con un curva cercana la parte de mayor diámetro, los uní en la parte de menos diámetro, dejando una separación entre ellos de 1.50 mts. mas o menos.

Le hice colocar 2 trozos transversales, con la separación conveniente y con un sacado, calculando la redondez del cañón de los dos extremos, con gatas de la Batería de 155 mm., le metimos el trineo debajo y lo dejamos descansar en él. Después enganchamos el extremo delantero de nuestro trineo a un bulldozer que teníamos en la isla y , en 20 minutos, cada cañón estaba al lado de su emplazamiento, artilleramente descansado en “chocos”. En la tarde comuniqué al Cochrane, por radio: “Misión cumplida, sin novedad”. Se me contestó que informara cómo había realizado la faena. Además del informe escrito, hice algo mas. Aprovechando que tenia un escribiente con habilidades para el dibujo, lo hice dibujar las diferentes fases de la faena en una cartulina mas o menos grande, pensando que podría servir, esta experiencia, para otras faenas similares. Este gráfico debe conservarse, seguramente, en los archivos del Cochrane, en Punta Arenas.

Voy a expresar mi punto de vista acerca de las condiciones militares innatas que tienen nuestros compatriotas, a lo largo del país. He llegado a la convicción que los mejores soldados pertenecen a la zona de Talcahuano, talvez desde Temuco a Constitución. Son físicamente mas resistentes y absorben la disciplina con muchísima mas facilidad que los del resto del país. Tal vez se deba a la gran influencia de la raza mapuche. Yo he visto, y sigo viendo, desfilar el Destacamento Aldea con conscriptos con 2 semanas de instrucción y su desempeño ha sido mejor que el de otras unidades militares con personal de planta.

La gente de la V Región, si bien es cierto, tiene un aspecto de ser mas civilizados que los de aquí, son mucho mas enclenques y se agotan rápidamente, tanto física como mentalmente. Esto último lo observaba en nuestra escuela IM, durante las pruebas. Los de esta zona resultan mas rústicos, pero son mas capaces.

En cuanto a la zona de Magallanes, que se nutre de conscriptos de la zona de Chiloé, estos son otra cosa. Como se sabe sus antepasados, en la parte americana, fueron Chonos y Huilliches. Son muy resistentes para trabajos físicos, pero no absorben la disciplina militar. En Punta Arenas era común tener hasta 20 faltos a la lista el día lunes y las razones que daban para justificar su comportamiento eran baladíes. Decían, pro ejemplo,: “Fui a ver a mi tío y lo estaba pasando bien, no me vine, no más”.

En cuanto al Norte Grande, su aporte es mínimo en nuestra conscripción y en nuestro personal de planta. Casi no vale la pena considerarlos, pero sí los pocos Soldados que había en ese tiempo de Arica, Iquique, Tocopilla y Antofagasta eran de nivel escolar muy superior a los del resto del país. En los cursos de la Escuela estaban siempre entre los primeros. Esto, al parecer, se debía en ese tiempo, a que el joven en esa zona no tiene actividades en el hogar y, generalmente, sigue estudiando hasta que es mayor. Allí todo está cerca, no es lo mismo acá, en el sur.

Cuando volví al Aldea, a principios de abril del año 1963, comandaba la unidad don Luis Cabezón Acevedo, con el grado de Capitán de Fragata y su segundo era el Capitán de Corbeta Arnt Arentsen Petersen; también estaba en la dotación el Teniente Héctor Araya y además teníamos a 2 Oficiales muy jóvenes: el Subteniente Gabriel Sánchez Buzeta y el Guardiamarina Vicente Pérez Echenique. Estos dos últimos ponían la juventud y la alegría entre los Oficiales.

El Aldea se encontraba en una situación muy especial; en ese momento había que transformar la Unidad de Defensa de Costa en Infantería de Marina y llegó un momento, como es natural, de corta duración, que la Unidad no era ni una ni la otra cosa. La misión de esta transformación recaía, principalmente, sobre el 2º Comandante Capitán de Corbeta Arentsen y el autor de estos recuerdos. Lo curioso era que., el personal, no entendía la nueva organización o no quería aceptarla. Como es sabido, además de la orgánica, que era diferente, en el fondo, lo mas importante de esta transformación que sufrió nuestra institución, es que el orden de las misiones cambiaron. Hasta entonces, nuestra misión principal era defender las bases navales; de ahí para adelante esta primera misión se transformó en “conquistar cabezas de playa” en territorio enemigo. Visto de otro ángulo, habíamos sido hasta entonces, una institución sedentaria y pasábamos a ser una fuerza en movimiento; ahí estaba el fondo de la cuestión. Esto que acabo de decir lo saben mejor que yo los que van a leer esta líneas, pero he querido decirlo de todos modos.

Bueno, una vez que logramos organizar la unidad, las tropas se pusieron en movimiento y era de ver, todos los días, a mi Subteniente Sánchez, que fue el principal protagonista en este comienzo, trotar cerro arriba y cerro abajo con nuestros ex Defensa de Costa, todos de físico gordos y fofos; pero mi Subteniente Sánchez no cesaba en su trabajo y con mucha exigencia, a tal punto que hubo mas de una insubordinación, entre ellos, un Soldado de apellido Aguilera, que después de un sumario debió irse al mundo civil. Recuerdo a mi Primero Francisco Vera, alias “Panchulo”, con sus 120 kilos de peso, trotando muy rezagado del

resto, tarde y mañana. Pero nuestro Subteniente Sánchez cumplió con creces su cometido.

Han pasado algunos años y hoy me regocija ver a nuestros hombres IM, tanto Oficiales como tropa, físicamente aptos, ágiles de cuerpo y de espíritu. Los mejores entre los buenos, de la Defensa Nacional; de eso no cabe duda y en la seguridad que si llega el Día D y la Hora H para nuestra Patria su comportamiento será el mejor de los mejores.

Talcahuano, 27 de Enero de 1986

;Manuel Antonio Moreno Morales

Capitán de Corbeta IM (OM) (R)

Legionario IM